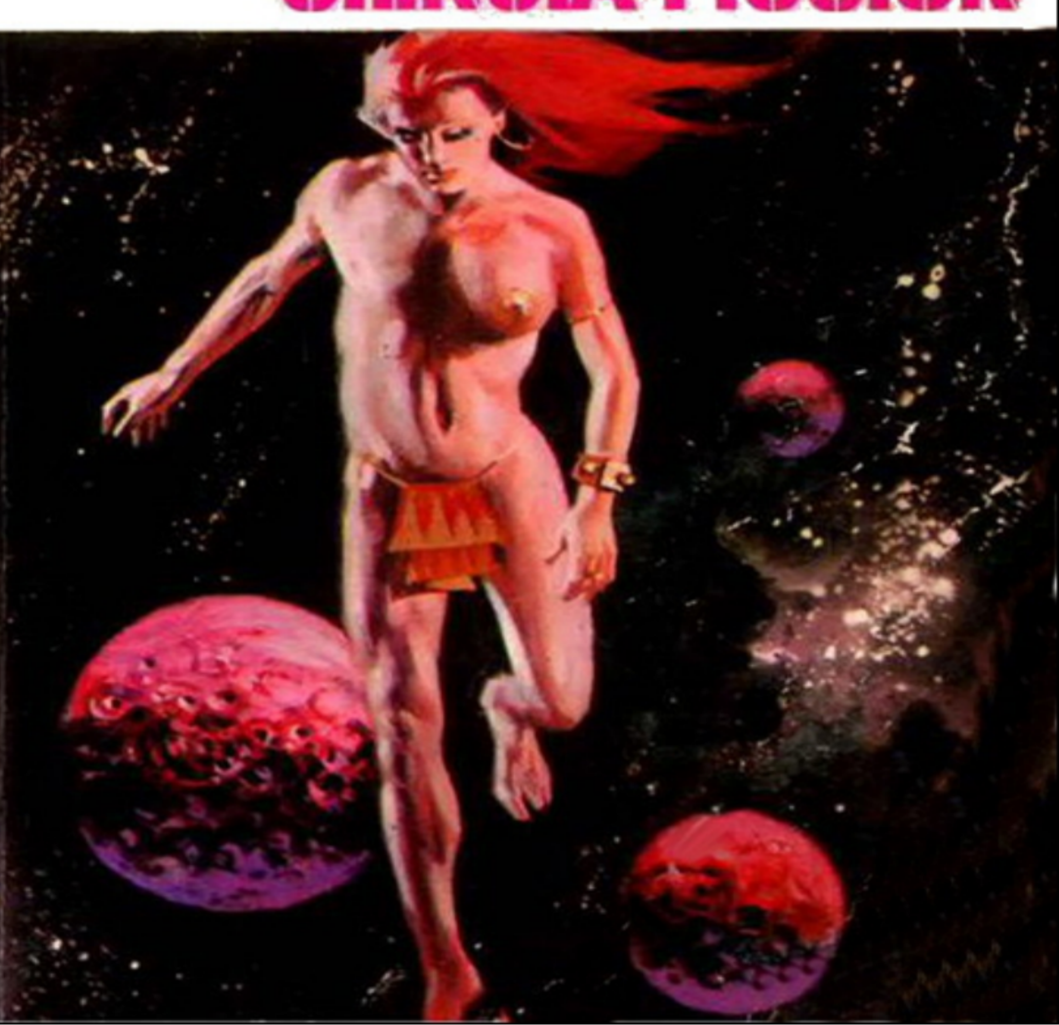
BOLSILIBROS BRUGUERA

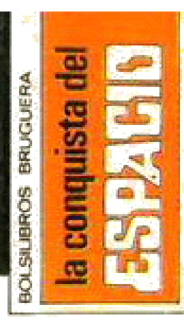
la conquista del ESPACIO

LOS HERMAFRODITAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





LOS HERMAFRODITAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



RALPH BARBY

LOS HERMAFRODITAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 380



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 35.194 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

La March-71 A se trasladaba a través de los espacios interestelares, moviéndose dentro de la galaxia en su misión de exploración y rescate.

Neil Faraday se levantó de la litera en su habitáculo personal y se dirigió al puente. Yashon estaba al control de la nave.

Yashon procedía del planeta Gem, perteneciente al sistema estelar Rojo-10. El planeta Gem estaba aliado con el planeta Tierra y era frecuente encontrar a terrícolas y geminícolas operando en misiones conjuntas como la que llevaba a cabo la nave March-71 A.

Aunque su aspecto era muy similar al de los terrícolas, había profundas diferencias entre ambos. Yashon no tenía orejas y su cráneo estaba cubierto por un vello fino "y rizado de color rojizo. Yashon era un ser alto y fornido, con unos ojos muy grandes y especiales de pupilas también rojizas que podía mover indistintamente, para mirar a la vez cosas distintas, con la misma atención como si observara una sola. Por lo demás, podía decirse que Yashon era idéntico a un terrícola aunque sus sangres no pudieran mezclarse.

—¿Todo bien, Yashon? —preguntó Neil Faraday, sentándose en su butaca anatómica frente al mirador panorámico a través del cual veían las miríadas de estrellas que contenía la Vía Láctea.

—Nos dirigimos al asteroide errante Z-1515.

—¿Algún problema?

—Un rescate. Una nave averiada ha tenido que posarse en el asteroide y hemos de salvar a la tripulación. Les queda oxigeno limitado y con los víveres y el agua sucede lo mismo.

—¿Cuántos miembros componen la tripulación a rescatar?

—Tres.

—¿Quién es el comandante de la nave averiada?

—El mayor Monteverdi.

—¿Mayor Monteverdi? No le conozco.

—¡Pertenece a la secretaría de telecomunicación interestelar y no a la

milicia espacial.

—Bien, ¿a cuánto estamos del asteroide errante?

—A una hora, aproximadamente.

—¿Has establecido comunicación?

—No. Tiene averiados los sistemas de telecomunicación. Han enviado el SOS espacial con el emisor de emergencia automático.

—Entonces, ignoramos qué clase de problema tienen.

—-Hemos recibido la orden de socorro enviada desde la colonia de Plutón. Ellos tenían datos sobre las averías de la nave antes de que consiguieran tomar contacto con el asteroide errante. Por lo visto, en la toma de suelo, las averías se han multiplicado.

—Sí, es muy posible —aceptó Neil Faraday.

Pese a ser mundos diferentes, las civilizaciones de la Tierra y Gem se habían homologado y sus habitantes se habían hermanado en todo y para todo, conscientes entre otras cosas de que con la unión alcanzarían mejor el progreso y con la guerra sólo el caos total.

Neil Faraday manipuló en el cuadro del circuito interno de comunicación en el cual tenía la pantalla de visión. Pulsó un botón y encendió la pantalla, pero nada apareció en ella.

— ¡Hank, Hank!

Apareció entonces un rostro curtido y a la vez aniñado. Era Hank Lorren, ingeniero «para todo» de la nave de rescate March-71 A.

—Sí, Faraday.

—Vamos a un asteroide errante a rescatar a unos científicos de telecomunicaciones.

—Ya, algo de rutina; me lo ha comunicado Yashon.

—¿Está todo listo?

—Lo estoy preparando. Yashon me ha dicho que tenemos como una hora de tiempo.

—Ya sabes que por poco que se pueda hay que intentar poner en

marcha la nave averiada.

—Se hará lo que se pueda, Faraday. La computadora ya me ha dado todos los datos y planos del tipo de la nave en apuros. Ignoro cuáles son sus averías graves, pero se hará lo que se pueda.

—Magnífico, Hank, tú siempre lo haces. Si en el espacio hay alguien capaz de componer, desde un minitransistor averiado a ensamblar un artefacto termonuclear con problemas, ése eres tú.

—Gracias.

Hank Lorren sonrió y cortó la comunicación.

—Bueno, a ver cuándo nos encomiendan alguna misión seria. Siempre estamos recogiendo a científicos perdidos, científicos en apuros que entretenidos analizando el polvo cósmico a través de sus telescopios, se dan de narices contra algún meteorito —rezongó Neil Faraday.

Su misión por el espacio interestelar, moviéndose dentro de la galaxia, no era explorar nuevos mundos, sino patrullar para sacar de apuros a cuantas naves tuvieran problemas y a la vez ejercer vigilancia para evitar la piratería cósmica que había tenido ya algunos desagradables brotes.

La última operación llevada a cabo había sido para ayudar a unos científicos geólogos. Les habían compuesto la nave averiada y los científicos habían podido seguir adelante.

La March-71 A poseía un complicado y sofisticado taller de reparaciones.

Los tres cosmonautas, el comandante Faraday y los tenientes Yashon y Hank Lorren, además de su graduación de la milicia espacia!, eran ingenieros. Los tres,al alimón, sacaban de apuros a muchas naves que parecían ya inservibles.

—Dentro de setecientas horas, aproximadamente, tendremos permiso para descansar donde nos parezca bien. ¿Adónde irás tú, Yashon?

El geminícola vaciló y sus ojos se movieron; una pupila se fijó en la pantalla de sensorización radiocósmica y la otra pupila se clavó en el rostro de Neil Faraday.

—Haré unos días de turismo por el planeta Tierra. Tengo ganas de conocer vuestras áreas vacacionales y rutas arquitectónicas.

—¿No tienes ninguna hembra que te espere en alguna parte?

—No. Tuve pareja hace ya más de diez mil horas, pero se murió en un accidente espacial, por eso me alisté a vigilancia y rescate.

—Lo siento.

—No lo sientas; los geminícolas somos algo diferentes en lo que a sentimientos se refiere. Vosotros los terrícolas sois más temperamentales.

—Es cierto, Yashon. Los terrícolas tenemos más necesidad de aparejarnos.

—Nosotros también necesitamos aparejarnos, es algo muy hermoso, pero no somos tan polígamos como los terrícolas.

—¿Polígamos? Si somos monógamos como periquitos.

—¿Periquitos, qué es eso?

—Pues una especie de pajarito, bueno, como un loro canijo.

—¿Un ave psitácida de reducido tamaño?

—Eso es.

—¿Y son monógamos?

—Eso dicen quienes los han estudiado.

—Pues los terrícolas no lo sois tanto. Aceptáis la monogamia como situación social y conveniente, pero en un buen tanto por ciento sois infieles a vuestra pareja, aunque los documentos aseguren que sólo tenéis una esposa.

—Eso son pecadillos.

—Que un geminícola no comete.

—Bueno, bueno, también los terrícolas somos capaces de guardar amor eterno a nuestro cónyuge.

—¿Amor eterno? Eso es muy largo para un terrícola.

—Mira, ¿sabes qué te digo? Dejemos ese tema para mejor ocasión.

La pantalla se iluminó con más fuerza y en ella apareció de pronto la silueta del asteroide errante Z-1515 que lanzaba destellos azulados.

—Ahí le tenemos, Faraday —dijo Yashon, que hablaba a Faraday en tono amistoso, lo mismo que hacía Hank Lorren.

Entre los tres habían acordado apear todos los tratamientos jerárquicos de la milicia.

—Veremos todas las constantes —dijo Neil Faraday.

—Es un asteroide muerto con densidad cero seis seis, presión atmosférica cero, temperatura variable según influencia estelar...

Yashon fue dando todos los datos respecto al asteroide. Dejaron abierto el canal de telecomunicaciones automáticas de emergencia y penetraron los agudos pitidos pidiendo ayuda a través del espacio.

—Ya los tenemos.

Hubieron de dar dos vueltas completas al asteroide errante Z-1515 hasta localizar la nave averiada que despedía destellos anaranjados de señalización de socorro.

—Ahí están, les veremos por la telecámara.

La pantalla grande de la nave se iluminó y en ella aparecieron primero los destellos anaranjados bombardeando sus retinas. Yashon fue moviendo por control remoto la lente de aumento de la telecámara y la imagen se aproximó. Pudieron ver la nave averiada perfectamente.

Hank Lorren, que había entrado en la cabina, observó en silencio y dijo:

—No parece que tenga el fuselaje roto.

—Hay tres cosmonautas afuera —indicó Yashon, aproximando la imagen hasta que las tres figuras enfundadasenlostrajesdesupervivencia cósmica quedaron en pantalla.

Ignorantes de que se les estaba viendo con tanta precisión, seguían lanzando hacia el espacio los destellos anaranjados porque sí debían haber visto la nave de rescate como un punto lejano y reluciente que orbitaba aquel asteroide errante que tenía forma irregular, un tanto alargada. Si se parecía a algo, ese algo podía ser la cabeza de una vaca calcificada en un desierto terrícola. La nave averiada se hallaba

posada en lo que podía constituir el punto más alto del asteroide.

—Ahí tenemos al mayor Monteverdi —observó Yashon, identificando las franjas que llevaba en el casco de supervivencia, por encima del cristal que protegía el rostro.

—Sí, ya lo veo. A ver si consigues acercar su rostro por si se le puede reconocer. A lo mejor lo he visto en algún programa de esos que no hay quien aguante.

—Si no se refleja algún destello en el cristal del yelmo podremos verle.

Yashon manipuló con cuidado el control remoto de la telecámara. La imagen del mayor Monteverdi se fue acercando, tanto que sólo se vio el cristal de supervivencia espacial y tras éste, el rostro del mayor en apuros.

—Una terrícola —puntualizó Yashon.

—¡Diablos, es una mujer! —exclamó Neil Faraday.

Hank Lorren completó:

—Joven y bonita. Supongo que eso se podrá apreciar cuando se le quite la cascara.

—Enfría tu mente ígnea, Hank, habrá que poner esa nave en marcha y que siga su camino. Una mujer hermosa en el espacio, sin cascara, como tú dices, es muy peligrosa.

—Tantas horas en el espacio, viajando sin compañía de mujeres, siempre es un problema por más que las ordenanzas nos obliguen a la práctica del autopsico control sexual —se lamentó Hank Lorren entre burlón y sarcástico.

—Veamos la compañía —pidió Neil Faraday.

Yashon buscó otro de los dos yelmos espaciales y escrutó el rostro que había detrás. Fue Hank quien exclamó:

—Es un geminícola.

—Una geminícola —corrigió Yashon.

—Disculpa, soy mal fisonomista y como se ve justo el rostro.

— Si le quitáramos el traje espacial, es decir, la cascara como dice

Hank, veríamos que es hembra —dijo Neil Faraday.

Yashon, demostrando una gran frialdad, pasó a buscar el otro yelmo espacial para identificar al tercer cosmonauta.

—¡Otra hembra! —exclamó Hank.

—Terrícola —puntualizó Yashon.

—Parece que el destino ha querido aparejarnos —comentó Hank, satisfecho—. Será divertido apearse en el asteroide.

—Esto no es un juego, Hank —le atajó Neil Faraday—. Estas tres mujeres están en situación desesperada, quizá haya más.

—¡Si hay más, más divertido! —se rio Hank Lorren, guiñando un ojo al geminícola que con una de sus pupilas se lo quedó mirando fijo.

Yashon no guiñaba jamás un ojo; para él, cada pupila tenía una misión específica y concreta que nada tenía que ver con la intención picaresca y festiva de un guiño.

—Descendamos, yo tomo el mando —dijo Neil Faraday, capitán de la milicia espacial y comandante de la March-71 A.

La nave de rescate comenzó a descender sobre el asteroide, escogiendo como punto de contacto un llano que no estaba a más de doscientos pasos de la nave científica que suplicaba ayuda.

Las tres cosmonautas observaron con gran alivio cómo la nave se posaba sin problemas cerca de donde ellas estaban. Su señal había sido escuchada cuando ya comenzaban a perder las esperanzas.

Se habían sentido perdidas para siempre, posadassobre la superficie del asteroide errante que quizá podía transformarse en su tumba viajera, eternamente por el espacio.

Gracias a que el área de toma de suelo de la March-71 A era dura, basáltica, no se levantó ninguna polvareda; sólo tembló un poco la superficie del asteroide y luego, todo quedó quieto..

Los cosmonautas de rescate miraron a través de la ventana panorámica de la cabina de mando y Neil Faraday abrió el sistema de megafonía, esperando que las tres científicos tuvieran abiertos los canales auditivos exteriores de sus cascos.

—Atención, atención, somos la nave, de rescate March-71 A. Les habla

el comandante Neil Faraday. Si me están escuchando acérquense a nuestra nave y subirán a bordo.

Las tres científicos debieron comunicarse entre ellas por onda FM y luego se dirigieron hacia la nave de rescate.

—¿Qué han dicho? —preguntó Hank Lorren.

—Si hablan entre ellas hubiera sido indiscreto ponerlo en altavoz.

—No importa, eso habrá quedado grabado en cinta, el canal de recepción estaba abierto —dijo Yashon y Hank Lorren sonrió.

Se abrió la compuerta de la March-71 A dejando la cabina de despresurización lista para recibir a las rescatadas.

Ellas entraron y la puerta exterior se cerró. Se encendió una luz roja y comenzó a entrar aire hasta nivelar la atmósfera con el resto de la nave. Se encendió un piloto verde y las tres mujeres se quitaron los respectivos yelmos espaciales, sacudiendo sus cabelleras. Una era muy fina, corta y rojiza, pertenecía a la geminícola. Otra era morena azabache y la tercera tenía el color del oro blanco, era la mayor Monteverdi.

Pasaron de la cabina de despresurización al resto de la nave. Los tres rescatadores del espacio aguardaban.

—¡Gracias, gracias!Ya comenzábamos a perder lasesperanzas, hemos consumido los alimentos que no han resultado deteriorados; agua nos quedaba, pero no comida.

—Encantado de poderlas rescatar —se apresuró a decir Hank Lorren con una sonrisa de oreja a oreja.

Neil Faraday se estiró un poco. La belleza de las tres mujeres, cada una en su estilo, semejó preocuparle.

—Soy el capitán Neil Faraday, comandante de esta nave. Aquí está el teniente Yashon y el teniente Hank Lorren —presentó, señalándolos.

—Comandante, les debemos la vida. Somos la capitán Anea —señaló a la geminícola de corto pelo rojizo—, la capitán Lusia y yo, la mayor Giana Monteverdi. Nos hallábamos investigando una nube cósmica errante que contenía un alto porcentaje de radiactividad que parásita las ultratelecomunicaciones.

—Bueno, no es preciso que dé tantas explicaciones, lo que nos interesa es si vamos a pasar mucho tiempo juntos —sonrió Hank, entonado por lo que intuía una situación favorable y propicia.

La teniente Lusia explicó:

—Hemos sufrido un incendio y ha sido grave, muy grave. Hemos llegado a temer que no escaparíamos con vida.

La geminícola Anea agregó:

—Localizamos este asteroide errante y decidimos tomar suelo en él. La nave corría el riesgo de perderse en el espacio a la deriva y para una nave de rescate es más fácil localizar un asteroide de gran tamaño que una nave que se pierde entre las miríadas de meteoritos que pululan por el espacio.

—Han hecho bien. ¿Qué posibilidades hay de recuperar su nave?

—Creo que ninguna —respondió la mayor Monteverdi con gesto preocupado—. Tendremos que trasladar todo el material de investigación hasta aquí y nos llevarán hasta una colonia para luego ser reembarcadas a alguna base.

—Eso va a ser difícil. La colonia más próxima noestá a menos de doscientas horas de vuelo —advirtió Faraday.

—Doscientas horas no es un viaje largo —le replicó la mayor Monteverdi.

—A mí me parece cortísimo —añadió Hank Lorren muy sonriente.

—A ti lo que te ha de parecer es que se ha de recuperar esa nave para que las cosmonautas puedan llegar por sí mismas a la próxima colonia espacial.

—Va a ser imposible —advirtió la geminícola Anea—. El incendio ha destruido gran parte del interior de la nave, es prácticamente irrecuperable. Es mucha suerte estar aún con vida.

—Menos mal que el fuego se apagó con los sistemas automáticos contraincendio —observó Lusia.

—Cuando el fuego se hubo consumido, revisamos los desperfectos y créanme que yo soy la primera en lamentar que la nave no tenga ya posibilidades de recuperación.

—No obstante, le daremos un vistazo —dijo Hank Lorren—, somos unos auténticos «manitas».

Mientras las tres mujeres sonreían, sonó un fuerte pitido con intermitencia.

Yashon volvió una de sus pupilas, sin llegar a ladear la cabeza, y observó:

—Es una llamada urgente.

—Atiéndela, Yashon —le ordenó Neil Faraday—, La mayor y las capitanes desearán descansar un poco.

—Sí, y también comer —dijo Lusia.

—Es cierto, nos hace falta alimento sólido.

—Hank, más que una llave inglesa o un soldador Láser están pidiendo comida. ¿Qué te parece?

—Que en seguida saco unas raciones de combate...

Hank se alejó rápidamente mientras regresaba Yashon que venía preocupado.

—Una llamada urgente de la base coordinadora.

—¿Qué ha ocurrido ahora? ¿Aún no hemos salvado a las tres científicos espaciales y ya nos advierten de más problemas? —preguntó Faraday.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió la mayor Monteverdi.

—Una nave *charter* de turistas ha desaparecido. No ha sido muy lejos de donde estamos, a unas setenta y cinco horas de vuelo. Por lo visto se salieron del trazado turístico para visitar no sé qué planeta. La información es incompleta, la repetirán dentro de una hora. El caso es que, súbitamente, la nave *charter* de turistas ha desaparecido.

—¿Y cuánta gente viajaba a bordo?

—Tripulación incluida, doscientas personas.

—¿Doscientos seres en peligro? —exclamó Giana Monteverdi—. Eso es grave.

—Muy grave. Nos pondremos en marcha inmediatamente para iniciar el rastreo de la nave desaparecida. A lo mejor no es problema grave y se ha perdido la comunicación simplemente por una oleada de meteoritos.

—No lo creo —casi gruñó Yashon, pesimista—. En toda el área no hay información de oleadas de meteoritos.

—Quizá hayan quedado orbitando en fijo la cara opuesta de algún planeta; de todos modos, no seamos agoreros. Saldremos ahora mismo a buscarlos.

—Sí, hay que buscarlos, pero primero debemos recuperar todo el material científico que está en mi nave averiada —advirtió la mayor Monteverdi.

—Lo siento, mayor, ahora no hay tiempo.

—¿Cómo que no hay tiempo? Es un material importantísimo.

—Lo principal en el-espacio es la vida de un cosmonauta y en este caso, son doscientas personas.

—Es cierto —aceptó la mujer—. Sólo le pido unas horas para no perder enceste asteroide todo el material que tantas y tantas horas nos ha costado reunir para la investigación que llevamos a cabo.

—Lo siento, mayor. Ya daremos un repórter de lo ocurrido aquí y vendrá una nave a recuperar lo que se pueda. Nosotros nos ponemos en marcha de inmediato.

—Aquí traigo tres raciones de combate, son de lomejorcito.Haymielnaturalcriogenizada,cafédesecado y...

—Atiéndelas, Hank, nos vamos ahora mismo —pidió Faraday:

—¿Ahora?

—Sí, en seguida.

Neil Faraday se alejó de allí para ir al puente de mando junto a Yashon. La March-71 A activó sus motores al máximo.

Molestas por la situación, las tres mujeres vieron alejarse el asteroide errante que lanzaba destellos azulados. Allí quedaba todo su trabajo, su nave.

La salvación de doscientos turistas perdidos en el cosmos era mucho más importante.

CAPITULOII

Llevaban ya doscientas horas de rastreo y todos se mostraban pesimistas.

Los peores augurios sobre la suerte de los turistas desaparecidos se pintaban en los rictus de los rostros de los cosmonautas de la March-71 A que recorría el espacio dentro de la Vía Láctea de una forma calculada por la computadora de a bordo, según los informes que recibían de la base coordinadora.

Se habían establecido turnos de descanso y las tres científicos se habían prestado para colaborar en la misión de rastreo y escucha. Ellas eran unas expertas en telecomunicaciones.

Neil Faraday se acercó a su propia butaca, ocupada por la mayor Monteverdi que se había mantenido en el período de vigilancia y rastreo.

—¿Algo?

—Nada —respondió ella, señalando el pequeño altavoz que sólo les ofrecía la música cósmica de ruidos electrónicos no coordinados.

También señaló el super-radar con su barrido esférico por el cosmos. En derredor a la propia nave no detectaba nada más que meteoritos sin importancia. De cuando en cuando, aparecía un planeta perfectamente identificado en los mapas cósmicos.

—¿Ha dormido, comandante Faraday?

—Algo, pero no importa.

—¡La fatiga es mala para la vigilancia y observación.

—Estoy habituado.

—Sin embargo...

—Sin embargo, hay doscientas personas a las que debemos encontrar y no aparecen por parte alguna. No lo entiendo; una nave *charter* turística es muy grande, no puede esfumarse en el cosmos así como así.

—¿Y si tuvieran averiados los sistemas de telecomunicación? A nosotras nos ocurrió.

—Pero funcionó el sistema automático de telecomunicación de emergencia, son totalmente independientes. Ni siquiera están situados en la misma área de la nave para que si ocurre algún siniestro, algún impacto de meteoro o cualquier causa, no se averíen los dos sistemas. No, no creo en esa avería.

—Existelaposibilidaddedesintegraciónsúbita.

—Los motores tienen sistema de seguridad, no pueden desintegrar su propia nave.

—Pero una oleada termorradiactiva sí puede haber desintegrado la nave de los turistas.

—Esa oleada termorradiactiva es una posibilidad, pero la habríamos detectado. Además, una desintegración total de una nave como la que estamos buscando crea una nube de energía perfectamente detectable por los sensores de que estamos provistos.

—Sí, admito que la March-71 A está muy bien equipada para el rastreo; no es una nave de investigación, pero sí de vigilancia.

—Aguarde, ahí hay algo extraño —dijo Faraday, señalando el super-radar.

Neil Faraday manipuló unos diales y el barrido del radar se hizo mucho más lento.

Al pasar por determinado lugar, en la pantalla se producía un fenómeno apenas perceptible, un fenómeno que la mayor Monteverdi no había notado.

—¿Lo ha visto?

—¿El qué?

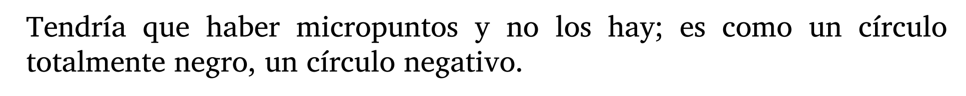
—Hay como un pequeño círculo de vacío.

—No veo nada, no hay ninguna luminosidad advirtiendo nave o meteoritos.

—Es todo lo contrario; es como si en vez del punto luminoso saliera un negativo, es decir, un punto vacío.

—Si el fondo de la pantalla es oscuro, es lógico, ¿no?

—No, no es así. Cuando vuelva a pasar el barrido, fíjese atentamente.


Tendría que haber micropuntos y no los hay; es como un círculo totalmente negro, un círculo negativo.

—¿De antimateria?

—No lo sé. El cosmos será siempre una incógnita para nosotros, siempre hay sucesos extraños por descubrir y tratar de descifrar. Cambiaremos el rumbo de la nave para ver si ese círculo se desplaza.

Yashon se les acercó, mientras la nave, ahora tripulada manualmente por el comandante Neil Faraday, cambiaba el rumbo utilizando la ignición de sus motores.

—¿Usted ve algo, teniente Yashon? —preguntó Giana Monteverdi, todavía perpleja.

—Sí, hay algo extraño, un círculo que debería reflejar estrellas en lejanía.

Cambió el rumbo de la nave y centraron el enigmático círculo negro que captaba el super-radar.

—Yashon...

—Sí, Neil.

—Moviliza todos los sensores de que disponemos para averiguar de qué se trata ese círculo. Nos dirigimos hacia él.

—De acuerdo.

—Puede ser un planeta que absorba toda radiación y no rebote ningún tipo de energía. Sería la explicación de que detrás del círculo no se reflejen las estrellas lejanas. Un planeta que actúa como de secante de toda clase de radiación —observó Giana Monteverdi.

—Es una posibilidad —asintió Neil Faraday tras colocar él sistema automático de navegación—. Pero si absorbe toda clase de energía, tendría que calentarse forzosamente y el sensor de infrarrojos lo detectaría.

El círculo se fue agrandando sin que los sensores obtuvieran datos de aquello que tenían delante y que era una completa incógnita.

—Viajamos directos hacia la circunferencia —advirtió Yashon—. Puede que tenga gran fuerza gravitatoria y quedemos dominados por su influencia.

—Atrapados como moscas —gruñó Hank Lorren.

—Siempre hemos estudiado la antimateria a nivel de microcosmos, pero si eso fuera en el macrocosmos, sería algo fantástico —comentó Lusia mirando a través del mirador panorámico en el que todo se veía negro.

—Quizá no sirva de mucho si nosotros quedamos absorbidos por la antimateria —advirtió Anea, la cosmonauta geminícola.

—Veremos de acercarnos al máximo y luego nos desviaremos. Nuestros motores son potentes, tan potentes como para poder sacar de un planeta a otra nave averiada.

—Creo que harán falta esos motores, Neil —rezongó Hank Lorren, señalando el panel del sistema automático de navegación.

—¿Qué pasa?

—La señal roja.

Todos quedaron atónitos mirando la señal roja que parpadeaba insistente. La mayor Monteverdi exclamó entonces:

—¡Ha dejado de funcionar!

—Qué extraño, no hemos tenido nunca avería en el sistema automático de navegación. Hank, mira lo que sucede mientras yo tomo el mando manual.

—Sí, ahora mismo.

Mientras unos observaban la pantalla esférica del super-radar cósmico, otros observaron los mandos de navegación. Neil Faraday se acomodó en la butaca de comandante y frente al panel comenzó a accionar contactos, interruptores y diales.

—No funciona —dijo Giana Monteverdi a su lado.

—Esto es muy extraño.

—Hay que actuar rápido, cada vez estamos más cerca del misterioso círculo negro —advirtió Yashon.

—¿Será un planeta negro? —preguntó Lusia.

—La memoria de nuestra computadora no ha registrado jamás nada

similar.

—Parece que ningún mando responde, han quedado inutilizados. Tomad todos asiento y sujetaos con los atalajes, voy a poner la máxima potencia para escapar a la atracción de ese maldito círculo negro.

Todos obedecieron a Neil Faraday, comandante de la March-71 A.

El sistema automático seguía parpadeando en rojo, inutilizado. Era paradójico y sarcástico que la nave de rescate fuera la que quedara anulada en el espacio por una fuerza desconocida que la atraía hacia sí como una enorme y gigantesca boca para devorarla.

—¿Nos estrellaremos contra el planeta negro? —inquirió Giana Monteverdi.

La pregunta fue hecha con una frialdad que sorprendió al propio Neil Faraday. No había miedo en aquella joven mujer de cabellos que tenían el color del oro blanco y rostro extremadamente hermoso. Había interrogado con naturalidad, casi como si preguntara a qué hora de vuelo estaban.

—¿Listos?

—Sí, Neil. Aprieta el botón y escapemos a esa fuerza desconocida.

La observación había partido de Hank Lorren, que mantenía casi siempre el mejor humor, jamás lo perdía. Neil Faraday había llegado a pensar que no lo perdería ni aunque tuviera una roca de diez toneladas aplastándole el estómago en cualquier asteroide errante del cosmos.

Levantó su dedo índice y lo apoyó sobre un botón rojo oscuro. Antes tuvo que abrir un interruptor de seguridad para dejar libre el botón de «fuego».

Aguardaron la vibración del motor con toda su energía, con toda su fuerza. Después, habrían de sentir la sacudida de la inercia, puesto que dentro de la nave poseían gravedad artificial; pero nada, no ocurrió absolutamente nada.

Neil Faraday, antes de que nadie abriera la boca para pronunciar una sola sílaba de sorpresa, movió de nuevo el interruptor de seguridad varias veces, como si pudiera estar fallando el propio interruptor. Después, pulsó nuevamente el botón de «fuego».

—Nada, esto rio funciona, los circuitos están bloqueados... ¿Qué opinas, Hank?

—Que nos vamos a hacer puñetas contra lo que sea... Bueno, quiero decir que nos vamos a estrellar —corrigió Hank, que había utilizado un lenguaje más vulgar, pero muy expresivo.

—Mayor Monteverdi, ¿qué le parece si la tuteo y la llamo Giana?

La belleza de cabellos muy claros parpadeó y casi abanicó sus pupilas verdes con las largas pestañas.

—No le entiendo, comandante.

—Verá, como nos queda poco tiempo, mejor nos tuteamos. Aquí, en la March-71 A nos tuteamos todos, así se vive mejor.

—Comandante, su conducta me sorprende.

—Mayor Monteverdi, usted es de graduación superior a la mía, pero en la jerarquía civil, no en la militar. Aquí soy el comandante y, vamos, que si nos queda poco tiempo de vida vale la pena pasarlo bien.

—Sí, sólo faltaría que ahora nos propusiera aparejarnos en las literas para aprovechar el poco tiempo que nos queda en vez de tratar de luchar contra eso que nos está succionando.

—No le voy a pedir, que nos acostemos juntos para hacer el amor, Giana, pero quizá a Hank sí se le ocurra la idea. A Yashon ya no le pregunto nada, porque sé cómo piensa.

—Nunca se sabe del todo cómo piensa un geminícola —corrigió la chica del cabello rojo y muy corto.

—¡Esto es inaudito! —barbotó Giana, furiosa—. Llegan ustedes a rescatarnos, nos suben a la nave y nos llevan a través del espacio hasta un punto desconocido; parece que nos vamos a estrellar y en vez de luchar para salvarnos, propone que nos tuteemos porque queda poco tiempo ante la muerte

—¡No le tengo miedo a la muerte! —puntualizó con mucha energía—. Un cosmonauta no puede serlo si leteme a la muerte.

—Bien, muy bien, en ese caso es que le tiene miedo al amor.

—¿Cómo...?

—Lusia, ¿tú qué opinas? —preguntó Hank Lorren, muy directo.

—Pues yo… —vaciló la joven morena.

—¡Capitán Lusia!

Lusia se sintió coartada por la mayor Monteverdi.

—Vamos, no te dejes impresionar —le recomendó Hank—. Después de todo, nos vamos a estrellar y no va a dar cuenta a nadie de una rebelión. Además, ahora no es ella la que manda, es el comandante Neil Faraday —puntualizó, llenándose la boca al pronunciar el nombre de su jefe.

—Pues por mí, completamente de acuerdo con tutearnos.

—¡Daré parte de su comportamiento, comandante Faraday! La relajación de la disciplina sólo conduce al caos.

—Me lo cuenta en otro momento, ¿eh?

—¿Cómo se atreve? Creí que los de la milicia eran todavía más disciplinados, esto es increíble. Ahora comprendo por qué en vez de estar en despachos jerárquicos o en escuadrillas especiales está en una simple nave de rescate y vigilancia —observó peyorativa y deseosa de herir.

—Nos estamos acercando rápidamente al círculo negro —advirtió Yashon—. En diez minutos llegaremos a él.

Todos miraron hacia el ventanal. El círculo se agrandaba cada vez más y sólo ofrecía una negrura espantosa, era como la nada. No era el espacio infinito donde siempre había estrellas o planetas reflejando la luz de las estrellas, cometas viajando por las galaxias. Aquelloera distinto; era como mirar hacia alguna parte y sacarse antes los ojos, era no ver nada.

—¿Qué te parece, Giana? ¿Diez minutos son suficientes para que muramos en paz?

—No estamos-en el año mil, cuando creyendo que se iba a terminar la humanidad, nuestra civilización terrestre, Europa, se lanzó a las más desenfrenadas orgías. Somos seres altamente evolucionados y civilizados.

—Pues yo estoy contento por algo que a lo peor no le gusta a usted.

—¿Contento? ¿Por qué?

—Porque en ocasiones siento que no he dejado de ser del todo un animalito del Planeta Azul.

—¿Contento de sentirse animal, de sentirse salvaje como una bestia?

—No de perder el control —puntualizó Faraday— sino de ser consciente de que no me he convertido del todo en una máquina, en una computadora orgánica rodeada de otras computadoras biónicas. Hay que ser un poco animalito a veces para no quedar totalmente engullido por esa tecnología que nos aprisiona.

—Por eso jugamos al póquer y probamos nuestros puños de vez en cuando —se rió Hank Lorren.

— ¡Esto es inaudito, jamás lo hubiera supuesto!

—Los terrícolas son todos un poco irracionales en el fondo —opinó Yashon—. Parecen máquinas maravillosas trabajando y, de pronto, se ponen a escuchar sonidos a los que llaman música primitiva y que no son más que un excitante afrodisíaco auditivo.

—Se llama jazz —puntualizó Hank Lorren.

—Veo que han llegado a un grado de degradación deprimente; de no ser por la presencia del teniente Yashon, ¿quién sabe adonde hubieran llegado? —observó Giana Monteverdi.

—A mí no me parece tan mal —dijo Lusia.

—¿Cómo, es de la misma opinión que ellos? —casi se enfureció Giana.

—En ocasiones me he sentido en el espacio como unconejito asustado; creo que eso ha de ser sentirse un poco animalito, como dice el comandante, ¿no?

—Llámame Neil —pidió Faraday.

—Os voy a poner algo interesante; ya que no vamos a tener tiempo de oír más y que apenas nada funciona aquí, oiremos música primitiva de un hombre que existió hace siglos, pero que fue grande. Creo que se llamó Irving Berlín, y la pieza es *Mejilla contra mejilla.*

—Comandante, lo que debe hacer es tratar de establecer comunicación con el exterior. Tiene que avisar a la colonia más próxima de nuestra situación; quizá alguna nave viajera capte nuestra

llamada de socorro.

—Ya lo he intentado, Giana, pero los sistemas de telecomunicación no funcionan, están bloqueados. Temo que hemos caído en la misma trampa que la nave *charter* de turistas. En momentos como éste no hay que degradarse en el sentido más desagradable de la palabra, pero quizá hemos de dejar un poco al margen la técnica y mirar dentro de nosotros mismos.

—Y luego comportarnos como bestias.

—Mire, Giana, yo no voy en busca de ninguna medalla. Cumplo con todas las misiones que se me encomiendan y no me quejo si el riesgo es grande o pequeño, pero no quiero ser una máquina o un número. Es cierto que eso me ha traído problemas y que podría estar en algún destino mejor, pero prefiero estar donde estoy y ser quien soy.

Dentro de la nave comenzó a sonar la música de un hombre terrícola que había muerto hacía siglos y que se había llamado Irving Berlín.

Giana Monteverdi aspiró con fuerza por su nariz de corte perfecto, sus aletas se dilataron y las pupilas intensamente verdes se clavaron en la negrura absoluta que tenía delante.

—Giana, ¿verdad que todavía no ha hecho el amor con nadie?

La mayor Monteverdi se revolvió hacia Neil Faraday y le fulminó con la mirada.

—Atención, aunque no funcione el medidor, vamos a entrar en contacto —advirtió Yashon.

—No hace falta sujetarse a ninguna parte, de todos modos no iba a servir de gran cosa. Giana, permítame pasar al mundo de la Nada dándole un beso.

—¡No!

—Entonces, recurriré a…

—¿A qué?

—A mi instinto de animalito. Soy más fuerte, soy el macho.

—¡Esto es un abuso! ¡Si me pone las manos encima…!

—¿Elevará un repórter a la superioridad?

La sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí pese a la resistencia de la mujer. Cazó con sus labios la boca femenina que le rehuía, dominándola.

Lusia no opuso la misma resistencia a Hank Lorren, y los dos geminícolas se cogieron de las manos, si así podía llamarse apoyar las yemas de los dedos de uno contra las del otro, transmitiéndose así su vitalidad.

La March-71 A llegó a la negrura que todo lo absorbía y que nada reflejaba, aquella negrura extraña y a la vez poderosa que había inutilizado la nave para atraerla y succionarla.

CAPITULOIII

Permanecieron unos segundos en suspenso.

Habían esperado la muerte, una muerte que, de estrellarse contra la superficie de un astro desconocido, habría sido tan instantánea que no se habrían percatado ni de que se desintegraban.

La muerte por impacto de una nave interestelar contra la superficie de un planeta podía considerarse totalmente indolora. El paso de la vida a la muerte habría sido en fracciones de segundo, más no había ocurrido tal cosa, seguían vivos.

La mayor Monteverdi se zafó de las manos de Neil Faraday; se echó un par de pasos hacia atrás y exclamó:

—¡No nos hemos estrellado, estamos en un lugar gaseoso! Se ha precipitado usted al dar rienda suelta a sus instintos animales.

—No será tanto, Giana, sólo le he dado un beso, nada más. En cuanto al lugar donde estamos, eso habrá que averiguarlo. Yashon, Hank, al trabajo...

Giana Monteverdi observó que a la capitán Lusia no le había sabido precisamente mal besarse con el alegre y burlón Hank Lorren, y que la capitán Anea tampoco se sentía muy afectada, por lo que ella misma se sintió violenta y abandonó la cabina de gobernación de la March-71 A.

Los tres hombres trataron de obtener datos, mas fue inútil. La nave seguía fuera de su control y no conseguían datos de ninguna clase.

—¿Qué opinas, Neil? —preguntó Yashon.

—Estamos dentro de algo que desconocemos y seguimos navegando aunque no obtengamos datos al respecto —dijo Neil Faraday.

—Yo opino que no es ningún astro gaseoso el lugar donde nos hallamos —dijo Yashon.

—Yo creo lo mismo; puede tratarse de una nube —observó Hank Lorren.

—No habría tenido una circunferencia tan delimitada. Mi opinión es que hemos sido succionados por una especie de tubo o canal dentro del cosmos. No sé qué es ni adonde nos conducirá, pero mi opinión es

que estamos navegando por el interior de ese extraño canal que ignoro adonde nos llevará. No tenemos control de nuestra propia nave y eso tendrá una motivación que desconocemos, pero creo que pronto lo averiguaremos.

—¿Y adonde puede conducirnos este tubo o canal? —preguntó Lusia.

—Para darle algún parecido, pensemos en un tornado terrícola. La tromba succiona lo que está en el suelo y lo eleva por los aires. Esto puede ser una especie de tornado espacial, un fenómeno cósmico desconocido, pero también podría ser algo utilizado por seres inteligentes desconocidos.

La posibilidad de ser absorbidos por un mundo extraño, controlado por seres inteligentes y desconocidos, les dejó a todos preocupados, mas nada podían hacer.

La March-71 A seguía avanzando de forma incontrolada por sus tripulantes, que viajaban a lo desconocido, quizá hacia su muerte.

Nada podían hacer para dar la vuelta a la nave y tratar de escapar.

Se encontraban como una bola de acero viajando por los intestinos humanos; no había más que esperar a llegar al final y que, por supuesto, éste fuera mejor, mucho mejor que el de la imaginaria bola de acero.

Horas más tarde, Giana Monteverdi volvió a aparecer por la cabina de gobierno. Estaba seria, distante, y no parecía desear hablar; sin embargo, Neil Faraday, como sinada sucediera, como si no estuviera viajando hacia un desastre, hacia una muerte cierta, con un noventa y nueve por ciento de posibilidades de no salvarse, le preguntó:

—¿Ha dormido, Giana?

—Un poco, estaba cansada. ¿Algo nuevo?

—No. Seguimos dentro de ese tubo, canal o lo que sea, gobernados por unas fuerzas desconocidas. Tengo el presentimiento de que somos conducidos hacia un lugar determinado; esto no es una succión incontrolada como un tornado y luego, nada.

—¿Piensa que alguien inteligente nos ha atrapado con su poder y nos lleva adonde le interesa?

—Sí.

—¿Alguien conocido dentro de los sistemas controlados?

—No.

Yashon se les acercó; tenían muy poco trabajo, ya que no podían gobernar su propia nave.

—El cosmos es infinito y siempre habrá sorpresas, seres y situaciones desconocidas e incomprensibles, tanto para terrícolas como para geminícolas.

—Mayor Monteverdi —interpeló Anea, señalando hacia la ventana panorámica. Todos miraron hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Luz, hay luz, es menos negro, fíjense.

—Tiene razón —aceptó Hank Lorren.

—Yashon, ¿hay forma de que los sensores nos digan algo al respecto? —preguntó Neil Faraday.

Yashon se sentó frente al panel de sensores y comenzó a manipular botones y diales, luces que parpadeaban en azul, rojo y verde y también en ámbar, esferas dentro de las cuales giraban agujas y saltaban números con velocidad de vértigo, sin que el ojo humano tuviera tiempo de visionarios, mas bastaba pulsar un botón para que las cifras quedaran fijadas.

—¿Se capta algo?

—Sí, no podemos controlar la nave, pero podemos captar. El vacío absoluto lo hemos dejado atrás, entramos en un espacio diferente. Hay atmósfera, muy leve, pero la hay.

—¿Qué presión? —inquirió Faraday.

—Diez milímetros de presión, aumentando a quince. Esto sube a medida que avanzamos y la luz también aumenta.

—Es una luz difusa, como si estuviéramos dentro de una gran nube —observó Lusia.

Al fin, la nube semejó desgarrarse y salieron a un espacio abierto. Ante ellos apareció un planeta grande y brillante de luz, muy iluminado.

—Ahí está el planeta que nos ha atraído con su poder —señaló Hank Lorren.

—Tiene cuatro satélites —advirtió Yashon—, son cuatro soles en miniatura. Este planeta es diferente a los sistemas conocidos. Los planetas orbitan a las estrellas y aquí es al .revés, las estrellas pequeñas, pero muy fulgurantes, orbitan al planeta, de tal forma que lo mantienen siempre iluminado.

—Un planeta sin noche —comentó Giana Monteverdi.

—El planeta del día eterno —asintió Neil Faraday mientras la March-71 A seguía avanzando hacia él.

—Neil, estamos recibiendo fuertes radiaciones de infrarrojos y ultravioleta contra el fuselaje de la nave —advirtió Yashon.

Los sensores marcaron peligrosamente en rojo.

—Debemos pasar cerca de la influencia de uno de los cuatro soles orbitales de este desconocido planeta del día eterno.

Rebasaron el área de influencia del sol cuando ya el calor se hizo insoportable dentro de la nave, pese a los sistemas de refrigeración.

Algunos circuitos pegados al casco chisporrotearon, quemándose, y ellos comenzaron a sudar de tal forma que optaron por desprenderse de parte de sus ropas, acción que inició Neil Faraday secundado a continuación por Lusia.

La última en aceptar la situación y quedarse en pantis y sujetador para soportar aquel intenso calor que empapes sus cuerpos de sudor, fue Giana Monteverdi.

—¿Nos estrellaremos? —interrogó Giana, tratando de romper la tensión.

—No, no creo que nos estrellemos. La atmósfera se regula lentamente, por lo que no tendremos el problema de rebotar ni de desintegrarnos por rozamiento atmosférico. La velocidad de la nave ha sido disminuida por las fuerzas que nos controlan y llegaremos al suelo de ese planeta sin problemas, tengo confianza en ello.

—Las telecámaras funcionan, Neil —dijo Yashon.

—Pues, adelante, ¿a qué esperamos? Hay que ver a qué lugar nos

llevan.

Se iluminó la pantalla.

Yashon controló los mandos y divisaron extensas áreas edificadas entre las que se distribuían canales de aguas limpias.

Lo que estaban contemplando era la macrópolis de una civilización altamente evolucionada; edificios extraños, altos, limpios, de mármoles brillantes y cristal. Eran auténticos desafíos al arte y a la tecnología.

Había como carreteras elevadas que no parecían sostenerse en parte alguna y zonas extensas, también llanas, lisas y pulimentadas, que podían ser plazas. No había humos ni nada pernicioso aparentemente. Todo era brillante, hasta hermoso, perfecto y tan avanzado que sorprendía a los cosmonautas, tanto terrícolas como geminícolas.

—Ya sabemos adónde vamos —dijo Neil Faraday.

—No se ve a nadie circulando —advirtió Giana Monteverdi.

Yashon puso en pantalla las pistas que iban de un punto a otro de la macrópoli, en ocasiones elevándose miles de pies de altura, como si se trataran de fabulosos toboganes, mientras arriba, en el cielo del desconocido planeta, orbitaban los cuatro soles que se encargaban de dar luz, calor y vida de forma permanente al extraño y desconocido planeta.

La March-71 A, siempre gobernada por fuerzas desconocidas procedentes del luminoso y evolucionado planeta, se acercó a un amplio astrodromo. Se detuvo en el aire y comenzó a descender en vertical.

—¡Ahí está la nave *charter* de turistas! —exclamó Hank Lorren.

Efectivamente, pudieron ver la nave desaparecida que estaba inmovilizada en el astrodromo en el que dios mismos se iban a posar.

—No hay rastro de vida en ella —dijo Yashon sin perder el control de los sensores que captaban datos del exterior, datos que además de medir la atmósfera, la luz y el calor, podían captar vida humana, animal en general e incluso vegetal.

—¿Habrán muerto? —preguntó Lusia.

—No, no lo creo.

La March-71 A se posó con una gran suavidad en el astrodromo, como si sus motores hubieran estado funcionando, y lo sorprendente era que no habían entrado en ignición en ningún momento. Tomaba suelo en un extraño planeta sin utilizar los retrocohetes, era inaudito, lo mismo para un terrícola que para un geminícola. Todos comprendieron que el poder de los seres que constituían aquella civilización a la que habían llegado era inmenso.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Hank Lorren mirando a uno y a otro hasta que sus pupilas quedaron clavadas en su comandante.

—Yashon, ¿cómo están las constantes de supervivencia?

—Perfectas, son óptimas para nuestros sistemas vitales. No habrá ningún problema si abrimos la puerta y salimos tal como estamos.

—Hank, ¿tenemos dispuestos los cañones y los misiles teledirigidos?

—Sí, pero no se te va a ocurrir disparar ahora, ¿verdad? Me da la impresión de que si quieren destruirnos pueden hacerlo con gran facilidad, sólo faltaría que les provocáramos.

—Sólo quería saber si el armamento defensivo estabalisto para ser disparado. En una situación como ésta, debemos tenerlo en cuenta.

—¿Va a presentar combate a los seres de este planeta? —interrogó la mayor Monteverdi—. Son superiores a nosotros, para darse cuenta de eso basta recordar que han manejado nuestra nave anulándonos a nosotros.

—Opino que son pacíficos y que nos atenderán con cordialidad —dijo la bella Lusia.

—¿Tú qué crees, Yashon?

El geminícola puso sus pupilas en lugares diferentes, pero sin mirar a nadie concretamente. Sabía que a los terrícolas les molestaba que observara con sus ojos tan especiales a dos a la vez.

—Que, según todos los razonamiento, si hubieran deseado destruirnos ya lo habrían hecho y la nave que buscamos está ahí, entera y sin desperfectos visibles.

—Pero vacía —puntualizó Anea, su compañera de planeta.

—Sí, está vacía la nave, pero pueden estar todos en un hotel —indicó Lusia.

—Es muy extraño que no se vea a nadie y todo esté tan desierto —observó Hank Lorren, que se había pegado al cristal de la ventana panorámica.

—Pues deben estar en alguna parte, porque la nave de turistas está ahí al lado.

—Se habrán marchado o...

Todos miraron a Yashon primero, luego a Neil, el cual preguntó:

—¿Quieres decir que pueden estar muertos?

—Es una posibilidad —dijo Giana Monteverdi.

—Iré a dar un vistazo; nadie se moverá de aquí hasta que yo regrese.

—¿Va a ir solo, Neil? —le preguntó Lusia.

—Sí.

Giana Monteverdi sugirió:

—¿No sería mejor que fuera acompañado?

—Mejor solo. Yashon, si me ocurre algo desagradable,intenta sacar la nave de este lugar, y si te presentan pelea, ya sabes, morir luchando.

—Comprendido, comandante Faraday —le respondió con la jerarquía que habitualmente no empleaban.

Todos comprendieron que por el cerebro frío y calculador del geminícola había pasado el razonamiento de que Neil Faraday tenía un gran número de posibilidades de no regresar con vida.

Neil Faraday se colocó la guerrera reglamentaria que antes se había quitado, dejando al descubierto su torso musculado y cubierto de abundante vello rubio oscuro.

Se ciñó el cinturón de cosmomilicíano en el que había una pistola bipolar Láser ultrasónica, un cuchillo adaptado a varios usos y de una gran perfección y poder incisivocortante, un micro emisor-receptor, un detector de infrarrojos, otro de sonidos y una pequeña linterna. Portaba muchas cosas que podían ayudar a supervivir a un hombre en

situación difícil, pero en sí mismas abultaban poco. Todo quedaba bien repartido en el amplio cinturón de hebras metálicas flexibles e irrompibles.

—Bueno, no me miréis de esa forma, ni que me fuera al incinerador de cadáveres. Vuelvo dentro de un rato, sólo voy a dar un vistazo.

Pasó a la cabina de despresurización, cerró, mas no quitó la atmósfera. No era necesario, ya que afuera había una presión semejante.

Abrió la puerta que daba al exterior y pulsó un botón.

Una escalerilla se desplegó automáticamente y Neil Faraday descendió por ella hasta pisar el duro y brillante suelo del astródromo de aquel desconocido planeta de civilización muy avanzada, por lo que cabía deducir de sus construcciones.

Ante sus ojos, una vasta extensión desértica, no había nada ni nadie a la vista.

No les esperaban fuerzas de ataque ni milicianas, cordiales ni políticas ni exponentes de un pueblo curioso por verles. Nada, todo vacío en torno a él. Las primeras edificaciones quedaban como a dos millas de distancia.

Pasó por debajo de su propia nave y tuvo curiosidad de tocar el área de salida de radiación propulsora de los motores de la March-71 A.

Se dio cuenta de que el fuselaje estaba frío. No cabía duda de que los motores no habían sido utilizados. No quiso volver a preguntarse qué clase de poder era capaz de manejar a distancia una nave como la suya. Si admitía tal razonamiento, debía sentirse forzosamente insignificante ante quien poseyera tales poderes y no estaba dispuesto a rebajarse ante nadie por muy evolucionado que fuera.

Se dirigió hacia la nave *charter* para turistas. La escalerilla estaba colocada y la puerta cerrada, mas había el pulsador normal junto a la portezuela.

Ascendió escalón a escalón, sabiéndose observado por sus compañeros.

Se detuvo frente a la portezuela, alargó la mano y pulsó el botón que abría automáticamente, a menos que se pusiera el seguro interior. La puerta se abrió, lo que indicaba que el fluido energético funcionaba.

Se volvió hacia la March-71 A y les saludó con la mano; su gesto podía tomarse como una sonriente despedida. Después, se introdujo en la gran nave para turistas del cosmos, seres que deseaban tener emociones, porque su vida habitual consistía en permanecer todo-el tiempo en una colonia sin alicientes ni viajes.

La cabina de mando se hallaba vacía y nada en ella delataba desorden, todo estaba perfecto.

Pasó al gran salón de pasajeros, con butacas cerca de las ventanillas para poder ver el espacio exterior. Allí había un mostrador de servicio y se podía platicar o incluso bailar. La nave era espaciosa, tal como se requería para el viaje de un par de cientos de seres durante un tiempo largo, superior a las quinientas horas.

El gran salón también aparecía vacío y en orden, no cabía suponer siquiera que hubiera sido abandonado precipitadamente, pero no había rastro de vida y el detector de infrarrojos que portaba Neil Faraday no acusabamás presencia que la de los aparatos que seguían funcionando de forma automática.

Pasó a los camarotes y allí encontró maletas, indumentarias, todos los efectos de los viajeros, pero sin vestigio alguno de éstos.

—Quieto, no te muevas —le dijeron de pronto, cuando menos lo esperaba, consiguiendo sorprenderle.

Faraday quedó quieto esperando algo más, una nueva orden. Comenzó a girar su cabeza despacio.

—Quieto, no te muevas.

—De acuerdo, no me muevo. Soy un terrícola, me llamo Neil Faraday y soy el comandante de la nave March-71 A —dijo tras presionar un diminuto resorte de su micro emisor-receptor. Todo lo que hablara, podría oírse en su nave.

—Quieto, no te muevas —repitieron.

—No me he movido, sólo te decía quién soy. ¿Cómo te llamas?

—«Yuri».

—¿«Yuri»? ¿Eres terrícola?

—Quieto, no te muevas.

Neil Faraday, perplejo, giró la cabeza y entonces descubrió algo que le causó profunda sorpresa. Ante él, sobre una barra a la que se cogía con sus garras, había un loro amazónico verde, de mirada inquisitiva.

—Diablos, te han olvidado aquí.

—«Yuri», me llamo «Yuri», me llamo «Yuri».

—Muy bien, «Yuri», lástima no pudieras decirme algo sobre tus dueños, dónde están, por ejemplo.

—Quieto, no te muevas.

Faraday alargó su mano y el loro pasó de la barra al dedo del hombre con gran docilidad.

—Neil, ¿ha sucedido algo? —le preguntó Hank Lorren, ansioso, a través del micro emisor-receptor.

—No, es decir, no lo sé. Todo está en orden, pero no hay ni rastro de vida, es decir, el único ser vivo es un loro que repite su nombre. Ahora regreso.

Abandonó la nave *charter* con el loro subido a su mano.Elanimalde brillante plumajeverde sedejóllevar; parecía contento de no volver a quedarse solo.

Faraday iba a trepar por la escalerilla de la March-71 A cuando vio avanzar hacia él a un vehículo silencioso y que no tocaba el suelo. Se movía con una energía ignorada en aquellos momentos por Neil Faraday y no emitía ninguna clase de ruido.

Por su panza era liso y no llevaba faros. Resultaba lo suficientemente grande como para transportar a una docena de personas.

Se dispuso a esperar sin demostrar miedo, con el loro subido a su mano izquierda y dejando la diestra dispuesta por si tenía que emplear su pistola bipolar.

El vehículo se detuvo a escasa distancia de él y lo hizo en una forma perfecta, suave, siempre sin ruidos. Por el micro emisor-receptor, Yashon le sugirió;

—Es mejor que subas a la nave.

—No, les recibiré ahora.

Descendieron tres seres de aspecto similar al del propio Neil Faraday en altura y volumen, pero sus cabezas se hallaban cubiertas por brillantes cascos con protección de cristal oscuro, de forma que no se les podía ver los rostros.

No parecían llevar entre sus manos ninguna clase de armas y avanzaron hacia él.

Uno de ellos levantó su brazo en señal de paz y con una voz casi metálica, impersonal y hasta desagradable, le saludó:

—Bien venidos al imperio Choy.

—Somos cosmonautas, geminícolas y terrícolas —expuso Neil, siempre atento, aunque aquellos seres cuyas caras permanecían ocultas tras los cristales casi negros no parecían desear atacarles.

—Lo sabemos. Tú eres terrícola; los de cabello rojizo y que no tienen orejas en sus cráneos son los geminícolas y ambos pertenecéis a la misma Federación.

—Perfecto. ¿Os lo han contado los de la otra nave?

—Lo sabíamos antes de que ellos llegaran a este planeta.

—¿Y dónde están ellos ahora?

—Hospedados como merecen. Vosotros también abandonaréis vuestra nave y os llevaremos adonde os corresponde.

—Gracias, pero ya tenemos nuestra propia nave. ¿Habéis sido vosotros los que la habéis hecho llegar hasta ese lugar mediante un control a distancia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Terrícolas, no estoy autorizado para dar cierta clase de respuestas.

—En ese caso, continuaremos en nuestra nave.

—¿Os negáis a abandonar vuestra nave para ser hospedados como corresponde?

—No es nuestro deseo que nos toméis por hostiles, pero decidle a vuestros superiores que seguiremos en la nave hasta que venga

alguien de la otra nave, un terrícola o geminícola a vernos y a contarnos lo que les ha sucedido.

—Quieto, no te muevas —soltó el loro.

—No queremos crearos problemas. Trasladaremos tu mensaje a nuestros superiores.

Los tres choyenitas volvieron a subir en su vehículo y se alejaron silenciosamente.

—Me llamo «Yuri».

—Vale más que te calles o vas a perder las plumas, amigo —rezongó Neil Faraday subiendo por la escalerilla.

Dentro de la nave le aguardaban sus compañeros de navegación y las tres científicos.

—Los teníamos encañonados —advirtió Hank Lorren—. Si te llegan a tocar, los desintegramos.

—Es posible que ellos se hayan dado cuenta. ¿No opinas lo mismo, Neil? —dijo Yashon.

—Sí, es posible. Ya habéis oído lo que les he dicho, ahora sólo nos queda esperar. Esta nave no nos obedece a nosotros en su parte funcional, está controlada por esos seres e ignoramos en qué forma.

—Me llamo «Yuri»… Quieto, no te muevas…

—Mira, Yashon, esto es un loro terrícola.

Neil lo pasó al respaldo de una butaca a la que el ave se asió con sus fuertes patas.

—Seguramente su propietario o propietaria le decía siempre que se estuviera quieto y eso es lo que ha aprendido.

Sabían que no les quedaba otro remedio que esperar en aquel planeta llamado Cboy, el planeta del día eterno, de la luz permanente, un planeta sin noche, porque tenía cuatro pequeños soles orbitándolo, posiblemente artificiales.

Dos soles lo orbitaban en el sentido de los meridianos del planeta y los otros dos, en paralelo, a la altura de lo que podía ser su ecuador y manteniéndose siempre equidistantes.

¿Volverían los choyenitas o simplemente les destruirían a distancia?

Era una respuesta que no tardarían en averiguar.CAPITULOIV

—Ahí vienen otra vez —dijo Hank Lorren, mirando por la ventana.

—Yashon, enfócalos con la telecámara —pidió Neil.

Se encendió la pantalla de televisión y en ella apareció el vehículo de los choyenitas que se desplazaba sobre la base casi pulimentada del astródromo.

—No se puede ver lo que hay dentro —advirtió Yashon—. Los cristales no dejan pasar la imagen del interior del vehículo.

—Tendremos problemas con esos choyenitas, ¿verdad? —preguntó Giana, pesimista.

—Sí, me temo que sí —respondió Neil.

El vehículo se detuvo junto a la escalerilla y saltó al suelo uno de aquellos seres que vestían en color gris plata y llevaban el rostro cubierto por un cristal adherido al casco, un cristal oscuro que no permitía ver sus rasgos fisonómicos.

Se apearon del venidlo dos seres más, eran un terrícola y un geminícola. Se dirigieron a la escalerilla de la March-71 A y treparon por ella.

El propio Neil Faraday les franqueó la puerta y ellos pasaron al interior de la nave, sonriendo.

—¿Cómo les ha ido el viaje hasta aquí? —preguntaron muy cordiales —. No han tenido problemas, ¿verdad?

Los tres hombres y las tres mujeres se quedaron mirando a los recién llegados.

—¿Qué ha pasado con ustedes? —preguntó Neil, muy interesado.

—Nuestra nave perdió el control frente a algo desconocido y terminó tomando suelo en este avanzadísimo planeta donde se nos trata a cuerpo de rey; no tenemos queja de nada.

—Pero ¿y el regreso? —inquirió Giana.

—¿El regreso?

—Claro, hay que volver a salir de aquí, ¿no?

—Naturalmente. Los choyonitas, que son muy inteligentes y amables en todo momento, nos han comunicado que nuestra nave será reparada en sus averías y seremos relanzados al espacio de donde procedemos. En realidad, éste es un lugar como una sima cósmica, como una montaña de roca y en ella un agujero aislado del resto... Bueno, ellos se lo explicarán mejor. Vengan, vengan con nosotros, verán qué civilización tan avanzada poseen.

—Un momento —dijo Yashon.

Sacó su pistola y ante el estupor de todos, disparó primero contra uno y luego contra el otro. Los disparos fueron dardos ultrasónicos.

Los dos sujetos sufrieron violentas contracciones y se desplomaron.

—¿Qué ha hecho, Yashon? —exclamó Giana Monteverdi, horrorizada.

—¿Cómo te has dado cuenta, Yashon? —preguntó Neil Faraday inclinándose sobre aquellos restos.

Eran dos seres artificiales, dos robotoides con fisonomías geminícola y terrícola, respectivamente.

—El infrarrojo ha captado el calor adecuado en esos cuerpos, los choyenitas han pensado en eso, pero han descuidado el sonido sistólico y diastólico del bombeo del corazón y como no he captado ese sonido, he deducido que no eran seres verdaderos sino artificiales.

—Muy bien, Yashon. Ahora veremos a los de afuera.

—¡Se alejan de nuevo! —exclamó Hank Lorren mirando por la ventana.

—Eso indica que han captado la destrucción de susdos robotoides. No nos han engañado y prefieren marcharse.

—Es increíble... —balbució Giana—. ¿Cuánto tiempo habrán tardado para falsear uno de estos muñecos?

Anea, la geminícola, comentó:

—Hemos de tener en cuenta en todo momento que están muy avanzados tecnológicamente.

—Pero, han preferido marcharse, de lo que cabe deducir que tenemos

algo que les preocupa —opinó Neil Faraday.

—¿Algún tipo de arma? —preguntó Hank Lorren.

—Si no nos lo cuentan, será difícil averiguarlo —observó Neil.

Giana Monteverdi propuso:

—Será mejor no volver salir al exterior.

—¿Habrán muerto todos los turistas? —inquirió Lusia, muy preocupada.

—Si no han podido mandar a seres reales y han enviado a dos robotoides para que los tomáramos por un terrícola y un geminícola, quiere decir que ya están muertos los turistas, ¿no crees, Neil?

—Gracias por aceptar al fin el tuteo. —Neil sonrió y añadió—: También es posible que estén hospedados en algún lugar muy seguro del que no puedan escapar y que no hayan querido arriesgarse a que viniera uno de ellos y dijera o hiciera algo que ahora desconocemos pero que puede perjudicar a los seres que viven aquí.

—Necesitamosmásdatosparacomputarnuestra situaciónreal—observóelgeminícola.

—Yashon tiene razón; mientras, averiguaremos algo de la tecnología de los choyenitas destripando a los robotoides. Quizá averigüemos qué energía emplean y cómo son sus circuitos. ¿Qué os parece?

Hank Lorren y Yashon asintieron. Giana propuso:

—En eso, nosotras también podemos ayudar.

—De acuerdo, trabajaremos en equipo. Hemos de averiguar el máximo de datos mientras esperamos que ellos tomen otra decisión. Tienen una tecnología superior, es obvio, pero si ya nos conocen y no toman medidas destructivas es que temen algo que debemos averiguar. Ahora, pongámonos a trabajar.

La piel artificial de los dos robotoides fue rasgada y comenzó la disección bioelectrónica para tratar de averiguar los componentes de los dos muñecos vivientes que les habían enviado como cebo para hacerles abandonar la March-71 A.

Fue pasando el tiempo hasta que, de pronto, les llegó una voz clara y nítida, como si brotara de los propios altavoces internos:

—Atención, terrícolas, atención. Sabemos vuestra situación, cómo sois y cuántos permanecéis dentro de la nave. Ha sido estudiada vuestra rebeldía por el Comité Imperial y se ha decidido destruir vuestra nave,

—¿Por qué? —preguntó Neil Faraday, alzando la voz con la esperanza de ser oído y replicado.

—Vuestra actitud en rebeldía nos ha hecho tomar la decisión de destruir vuestra March-71 A. Se os advierte por si queréis salvar la vida. El radio de acción destructivo ha sido calculado en una milla alrededor de vuestra nave que dentro de diez minutos exactamente se convertirá en una bola de fuego y luego sólo quedarán cenizas. El Comité Imperial ha querido avisaros de la determinación a que nos habéis obligado. Suerte.

Se cortó la comunicación. Hank Lorren opinó:

—No te han oído, Neil. Sólo querían advertirnos de la destrucción de la nave.

—Tenemos que huir pronto —dijo Giana, angustiada—. Diez minutos no es mucho para recorrer una milla. Hemos de ponernos a salvo antes de que destruyan la nave.

—No nos moveremos de aquí —manifestó Faraday, resuelto.

—¿Cómo? ¿Vas a dejar que nos destruyan, que nos reduzcan a cenizas?

—Si lo que quieren es destruirnos y tienen poder para hacerlo, no nos vamos a librar de ninguna manera, ni corriendo como liebres por el astródromo. Lo más sensato es quedarnos aquí. ¿Qué opináis, Yashon, Hank?

—Lo mismo. Si quieren destruirnos, ¿por qué advertirnos previamente?

Giana objetó:

—Quieren dejarnos sin nave pero no destruirnos a nosotros; quizá no sean tan crueles o tengan alguna ley que se lo impida.

—Si es eso y nos quedamos aquí, no destruirán la nave, es mi razonamiento.

—¿Te das cuenta de que esa determinación puede acabar con todas

nuestras vidas?

—Exactamente, Giana. En circunstancias anormales hay que tomar decisiones excepcionales también.

—¡Terrícolas, geminícolas, os quedan ocho minutos! —advirtió de nuevo la voz que semejaba penetrar por el sistema de altavoces de la nave—. Ocho minutos para alejarnos del área de destrucción es muy poco.

—La decisión está tomada, Giana.

— ¡Yo no tengo por qué obedecer esa decisión! Mi graduación es la de mayor, mientras que la tuya es sólo de capitán. Estoy por encima jerárquicamente y tomo mis propias decisiones.

—No en esta nave. Soy capitán, pero aquí soy el comandante y el comandante de la nave es la máxima autoridad, aunque transporte en ella a un general. Nadie saldrá de aquí; es una decisión que he tomado, que todos corramos el mismo riesgo, no nos vamos a dividir.

—¿Cómo podrás impedirlo?

—No me obligues a hacerlo, Giana.

—¿Vas a sacar tu arma para impedírmelo?

—No será necesario.

—¿Emplearás tu fuerza machista?

—Sí, si es preciso. Esto me huele a trampa.

—¡Terrícolas, geminícolas, os quedan cinco minutos, la nave pronto será destruida y también la otra, la *chárter!*

—¿Y si no es una trampa? —preguntó Giana, desafiante y muy furiosa.

—En ese caso, no tendremos tiempo de lamentarlo, habremos muerto y todo habrá concluido, ya no discutiremos más, mayor Monteverdi, aunque prefiero llamarte Giana. Es una pena que no seas más recelosa con respecto a estos tipos que nos están amenazando.

— ¡Pueden destruirnos! —insistió.

—Que lo hagan; nosotros no nos moveremos de donde estamos.

—Entonces, les obligarás a aniquilarnos —sentenció la mujer.

—A los terrícolas les gusta mucho el desafío —opinó el geminícola Yashon, observando con un ojo a Neil y con otro a Giana, pese a que sabía que aquella forma de mirar molestaba a los terrícolas.

Por su parte, Anea dijo :

—Esos desafíos les han hecho conquistar grandes cosas. Desafiar al prójimo, al destino, es lo que no puede hacer una máquina por perfecta que sea.

Se hizo el silencio, tenso y angustioso. Los minutos transcurrieron. Los guarismos iban saltando rápidamente en el reloj electrónico, fracciones de segundo, segundos, minutos... El tiempo pasaba y la hora de la muerte se acercaba. Según los habitantes de Choy, iban a ser totalmente destruidos por rebeldía.

—¡Diez minutos, ya han pasado diez minutos! —exclamó Hank Lorren.

—Y no ha sucedido nada —suspiró Lusia. . —Todavía nos pueden destruir —advirtió Giana Monteverdi.

—Creo que el desafío de Neil Faraday ha dado resultado —dijo Yashon—, no se han atrevido a destruirnos.

—Hay algo que les interesa mucho de nosotros, pero ¿qué será? —preguntó abiertamente Neil Faraday, sin que nadie pudiera darle una respuesta.

Los choyenitas no les habían destruido como prometieran, pero seguían siendo algo semejante a sus prisioneros puesto que no podían escapar del astródromo. ¿Qué ocurriría después? Ninguno de los seis lo sabía. El planeta del día eterno era todavía una inquietante incógnita.

CAPITULOV

Giana Monteverdi revisaba con mucha atención las cajitas circulares y transparentes que contenían un sistema biónico cerrado. Lo había estado observando por microscopio.

Neil Faraday se le acercó.

—¿Has averiguado algo? —inquirió.

—Estas cajitas son el cerebro de los muñecos.

—¿Actuaban por reflejos preparados de antemano?

—No. Creía que tenían una memoria pero no es así. Estas cajitas encierran unas microcélulas muy evolucionadas, son como pequeños cerebros que captan órdenes que viajan a través del espacio y el muñeco actúa como : si pensara, cuando el verdadero cerebro está en otra parte.

—¿Telepatía?

—Podría ser, una telepatía sumamente evolucionada y perfecta. Lo que hacen estos pequeños cerebros biónicos es receptar órdenes y enviar sensaciones. Es un sistema de control remoto por el simple pensamiento, algo que todavía queda muy lejos de nuestra ciencia y técnica.

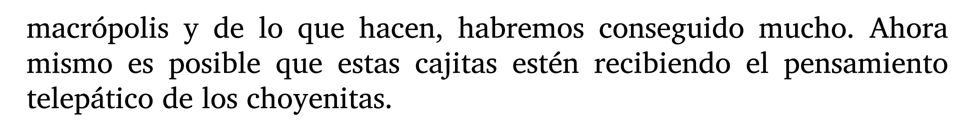
—Sí, es lo grave. Tenemos que admitir que son superiores a nosotros y eso nos convierte en posibles perdedores, pero no vamos a dejar de luchar.

—¿Y qué podemos hacer, aparte de permanecer dentro de la nave, lo que parece molestar a esos seres?

—Estamos preparando un pequeño satélite artificial no más grande que una pelota. Lleva algunos sensores y una telecámara que nos enviará imágenes de lo que sucede en la macrópolis u otras partes del planeta. Ya que no podemos despegar por ahora, ampliaremos nuestro poder de observación.

—¿Piensas conseguir algo importante con ese satélite?

—No lo sé exactamente, pero si tomamos imágenes, fotografías de su


macrópolis y de lo que hacen, habremos conseguido mucho. Ahora mismo es posible que estas cajitas estén recibiendo el pensamiento telepático de los choyenitas.

—Si pudiéramos descifrarlo...

—¿Entiendes algo de este asunto?

—Bueno, estudié un poco de bioelectrónica y parapsicología.

—Ocúpate de ellas. Si consigues algo, será importante. Nosotros no podemos comunicarnos a voluntad con ellos, en cambio a la inversa nos meten la voz aquí dentro aunque no sabemos cómo lo consiguen.

Giana Monteverdi asintió, seria y preocupada. Iba a intentar descifrar el secreto de aquellas cajitas que poseían múltiples bornes por los que escapaba lo que el diminuto cerebro bioelectrónico captaba telepáticamente.

—¡Neil, Neil!

—Ya voy, Hank.

Neil Faraday se reunió con sus hombres. Yashon lecomunicó:

—Hemos colocado ya el pequeño satélite artificial enla punta de un misil.

—¿Termonuclear?

—Sí, pero le hemos sacado la carga, no habrá peligro de que estalle.

—Hank...

—Sí, Neil.

—¿Tienes computadas las coordenadas de lanzamientopara que podamos situar el pequeño «ojo» en el lugar conveniente?

—Sí. La dirección, la velocidad y la distancia están calculadas. Cuando el misil llegue al punto objetivo, desprenderá el satélite y el misil se perderá fuera de la atmósfera, hacia el infinito, como un meteorito más en el cosmos, si es que este maldito lugar pertenece al cosmos.

—Pues, ¿a qué esperamos? Yashon, ocúpate del disparo.

—De acuerdo, Neil. Si no lo destruyen, tenemos muchas posibilidades

de que el lanzamiento de este pequeño satélite de observación sea un acierto.

Yashon se sentó frente al disparador. Todos estaban presentes, excepto Giana y Anea que se hallaban tratando de descifrar lo que los pequeños y extraños cerebros artificiales captaban.

—Vamos, Yashon, es el momento —apremió Hank Lorren, que quería ver pronto un resultado.

El geminícola oprimió al fin el botón y se escuchó un zumbido. En pantalla vieron *el* misil, dejando tras de sí una estela fulgurante mientras se alejaba. Había funcionado bien. El sistema de disparo era independiente del de navegación y no había sido controlado por los choyenitas.

Siguieron atentos a la pantalla de televisión y la del super-radar.

Al fin, el misil soltó el satélite que entró en la órbita del planeta mientras el misil continuaba alejándose hacia el infinito, apagándose ya su estela, consumido todo el combustible.

—Ahora veremos qué pasa —dijo Hank Lorren, manipulando en los diales de la pantalla de televisión.

Tras diversas luminosidades y multitud de rayas que se cruzaban y entrecruzaban, apareció en color y con profundidad tridimensional la macrópolis de Choy.

—¡Ahí la tenemos!

—Que la memoria recoja todos los datos —ordenó Neil Faraday.

—Ya lo está haciendo —repuso Yashon—. Todo se está grabando en el *video-tape;* luego, si lo deseamos, se puede volver a pasar.

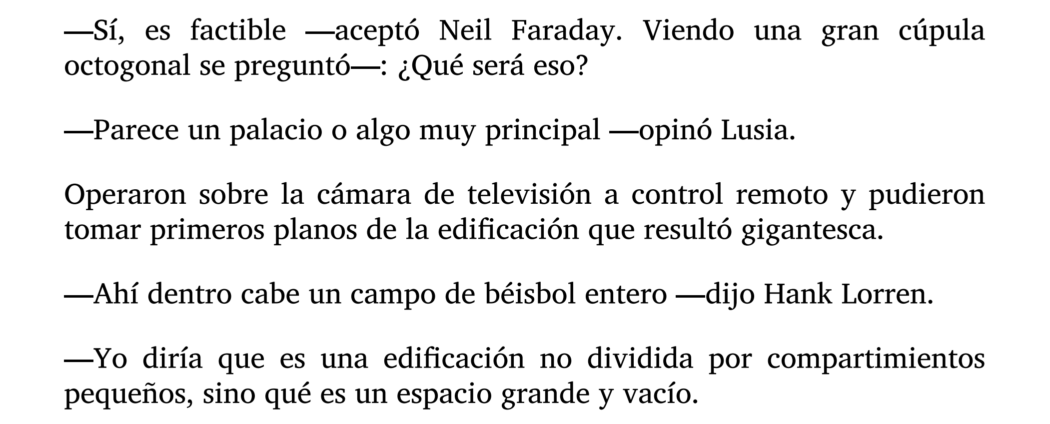
—Hay que ver cómo distribuyen su macrópolis, cómo se mueven y cómo viven.

—Parece todo desierto —comentó Lusia.

—Es posible que se hallen recluidos dentro de los edificios.

—Parece una macrópolis muerta —gruñó Hank Lorren.

—Pueden haber abandonado el sistema vial exterior y utilizar túneles para sus desplazamientos —aventuró Yashon.



—Sí, es factible —aceptó Neil Faraday. Viendo una gran cúpula octogonal se preguntó—: ¿Qué será eso?

—Parece un palacio o algo muy principal —opinó Lusia.

Operaron sobre la cámara de televisión a control remoto y pudieron tomar primeros planos de la edificación que resultó gigantesca.

—Ahí dentro cabe un campo de béisbol entero —dijo Hank Lorren.

—Yo diría que es una edificación no dividida por compartimientos pequeños, sino qué es un espacio grande y vacío.

Tras dar su opinión Yashon, Neil dijo:

—Quizá lo utilicen para reuniones multitudinarias.

—Me gustaría saber cuántos son, como no se ve a nadie —indicó Lusia.

—Es posible que lo que teman sea un ataque por nuestraparte.

—¡Eh, mirad el radar, algo nuevo aparece en él!

La imagen de la pantalla se llenó de parásitos que hicieron que ésta se tornara borrosa e inútil.

Efectivamente, algo nuevo había aparecido en pantalla,algoquenoles pertenecía a ellos, sino a los choyenitas.

—¿Nos van a destruir ahora? —preguntó Lusia, palideciendo.

—No lo creo —repuso Neil, no demasiado seguro de sus palabras.

—Es como un satélite —indicó Yashon, que captaba datos—. Se ha detenido sobre nosotros en nuestra vertical.

—¿A qué altura?

—Unos seis mil pies —indicó Yashon.

—Eso es muy poco. ¿Cómo podrá, mantenerse arriba sobre nosotros?

—Habrá que ver de qué se trata —dijo Yashon.

Movió las telecámaras de la propia March-71 A buscando el objeto que los extraños seres habían colocado sobre ellos como una amenaza.

—Sólo luz, no se ve más que luz —indicó Yashon.

—¿Puede ser una bomba que hayan suspendido sobre nosotros para dejarla caer cuando les apetezca?

Neil respondió a la pregunta de Lusia:

—Es una posibilidad.

—Lo siento, Neil, sólo se ve luz y al mismo tiempo nos está parasitando la conexión con nuestro satélite, de tal modo que no podemos sacar nada en limpio. Hemos enviado un satélite y ellos nos han mandado otro a la contra.

—Saldré un momento a ver cómo es que la telecámara exterior no puede recoger su imagen —indicó Neil Faraday.

—Te acompaño —dijo Lusia.

Se dirigieron a la sala de despresurización y luego salieron a la escalerilla. Les pareció que la luz era cegadora.

—Han aumentado los lux —opinó Lusia—. Habrá que utilizar gafas protectoras. Quizá las radiaciones sean nocivas para nuestros ojos.

—Mira arriba, Lusia, nos han colocado un microsol encima.

—Es cierto —asintió la muchacha, protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera—. Es como una bola de fuego blanco.

—Por lo visto conocen muy bien la técnica de colocar pequeños soles en el espacio, a voluntad. Vamos dentro; aquí, sin gafas, nos volveríamos ciegos.

—Es cierto y hace mucho calor, diría que aumenta la temperatura.

Entraron de nuevo en la March-71 A y cerraron la puerta. Poco después, quien daba la voz de alarma era Yashon que advirtió:

—Está aumentado la temperatura.

—¿Muy aprisa? —preguntó Neil, preocupado.

—No muy aprisa pero sí de forma constante. Es como si nos hubieran colocado encima un foco de calor constante. No sabemos hasta qué temperatura podrá llegar la potencia de ese foco de infrarrojos, pero supongo que nos lo han colocado encima con muy mala intención.

—No querrán convertir la nave en un horno, ¿verdad? —gruñó Hank Lorren.

Neil Faraday sólo pudo responderle:

—Hay que poner en marcha el sistema de refrigeración, ambiental de la nave, hemos de contrarrestar el calor que nos mandan. Creo que he comprendido lo que pretenden.

Lusia preguntó:

—¿Qué es lo que tratan de hacer?

—Han debido pensar que si calientan la nave como si fuera un horno, tarde o temprano saldremos por nuestro propio pie, porque no podremos resistir más.

—¿Y por qué quieren que salgamos?

—Para capturarnos, eso es, para capturarnos. ¿No es así, Neil? —masculló Hank Lorren.

—Sí, es muy posible que sea para capturarnos. Fuera de la nave nos podrán atrapar con más facilidad, hemos de ofrecerles resistencia.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Yashon como si formulara una sentencia.

—-Neil Faraday, acabaremos saliendo afuera y nos atraparán, ¿verdad?

—Todavía no nos han cogido, Lusia —respondió a la mujer.

—Pero la temperatura sigue aumentando… —objetó Yashon.

CAPITULOVI

— ¡Creo que lo hemos conseguido! —exclamó Giana Monteverdi con una mezcla de entusiasmo e inquietud; todo podía fallar aún.

—¿Qué has conseguido?

Giana miró a Neil y a Hank Lorren que se le habían acercado.

—La transformación en impulsos electrónicos de lo que los cerebros de los robotoides captan telepáticamente para poder pasarlo a un circuito tridimensional

—¿Esos cerebros no están muertos aún?

—No, Neil, no han muerto —denegó Giana, que al igual que todos soportaba el intenso calor que reinaba dentro de la nave.

Pese a que la refrigeración funcionaba a toda marcha, los grados habían subido, lenta pero progresiva e inexorablemente.

Los hombres vestían *shorts* ligeros y las chicas, una especie de pantis y sujetadores suaves, finos y aireados, por lo que la belleza de las tres saltaba a la vista de forma ostensible.

—Esta clase de cerebros bioelectrónicos también los utilizamos nosotros —aclaró Giana—, sólo que no los hemos adaptado para recibir órdenes por telepatía; no hemos llegado hasta ese punto.

—¿Podrás extraer en imágenes lo que esos diminutos microorganismos que viven dentro del líquido encerrado en las cajitas reciben de forma telepática?

—Esperemos que así sea. Ellos reciben sensaciones, aunque todavía ignoramos en qué forma.

—¿Podremos sacar algo de su memoria?

—Es posible que no tengan capacidad de memoria, que lo que recepten sea de forma instantánea; para ser utilizados como memoria, los microorganismos han de ser de diferente clase, ése es el fundamento de nuestras computadoras biónicas.

—Bien, no sigamos con tanta complicación técnica y veamos si esas cajitas se transforman en algo así como repetidoras de televisión.

—Son repetidoras de televisión y el emisor principal será el cerebro de algún choyenita.

Fueron avisados los restantes miembros de la March-71 A y quedaron frente a la pantalla de televisión.

No menos de una docena de finísimos cables brotaban de una de las cajitas e iban a parar a complicados artilugios electrónicos. De ellos partía un cable de cabeza múltiple que conectaba con el circuito interno de televisión.

Giana Monteverdi comenzó a manipular dando luces y tonos, controlando el sonido, buscando el punto óptimo. La pantalla se llenó de luces; rojos, azules, verdes y amarillos intensos que casi cegaban. Luego aparecían punteados que semejaban formas humanas y se volvían a desvanecer mientras por los altavoces brotaban toda clase de ruidos que parecían escapar de algo siniestro y lúgubre.

Al fin, se perfilaron imágenes.

Giana, con una suavidad exquisita, fue ajustando hasta que en pantalla aparecieron seres humanos. También vieron a dos de aquellos tipos del planeta Choy que vestían como guerreros espaciales y cubrían sus cabezas con cascos. Sus rostros no se veían por estar al otro lado de un cristal negro.

De pronto, el espanto llegó a ellos. Lo que comenzaron a ver, trabó el glotis en sus respectivas gargantas. Parecía increíble, era algo horrible y desmoralizante.

—¡Qué horror! —gimió Lusia, girando la cabeza.

Había un terrícola sujeto a una plataforma horizontal por correas.

Unas pinzas manejadas por manos enguantadas lo estaban desollando vivo en medio de grandes dolores y alaridos por parte de la víctima torturada. Pinzas y tenazas sujetaban parte de la piel desnuda, ya con previos cortes, y la iban arrancando en pedazos cuadrados, no mayores que el tamaño de una oreja terrícola.

Saltaba la sangre y quedaba al descubierto la carne, las venas y los tendones.

—Dios mío, ¿qué hacen, qué hacen? —exclamó Giana, bajando el volumen del sonido para no oír los alaridos de la víctima.

—¿Estarán investigando a lo vivo sobre uno de sus cautivos? —preguntó Hank Lorren brutalmente impresionado.

—No parece que hagan investigación —opinó Yashon fríamente—. No es un método lógico de querer ver lo que hay dentro de un cuerpo para estudiarlo aunque sea a lo vivo. Para mí es simplemente que lo están torturando, complaciéndose en su sadismo.

—Yo no puedo más —dijo Giana, incapaz de seguir soportando aquello.

—Es horrible, pero hay que averiguarlo todo. El que no pueda resistir, que se dedique a otra cosa. Yo seguiré adelante a ver si saco algo en claro —puntualizó Neil con las mandíbulas contraídas.

Giana aspiró con fuerza. Bajó los párpados despacio y luego volvió a abrirlos.

—Trataré de aguantar.

—No es necesario, ya seguiré yo visionando.

—No, creo que no debo ser cobarde en estos momentos. Hemos de controlar nuestras emociones y sentimientos. Por ahora, nada podemos hacer por ese ser que están torturando.

Giana volvió a afinar la imagen y, de pronto, la escena cambió.

Apareció un cilindro de cristal dentro del cual habíauna geminícola muy hermosa. El cilindro estaba cerrado y en un punto había una fina tubería conectada.

La mujer abría la boca como un pez buscando un aire que se le regateaba. Se lo dejaban en la mínima expresión para que la muerte por asfixia fuera muy lenta y controlada. Una tortura muy desagradable que iría intoxicando su sangre despacio hasta que llegara la muerte.

Era angustioso ver cómo la bella geminícola trataba de agarrarse al cristal que la aprisionaba y agonizaba lentamente por asfixia.

—Creo que Yashon tiene razón; están torturando a sus cautivos —gruñó Hank Lorren entre dientes, apretando sus puños, impotente.

—Pero ¿por qué, por qué quieren que veamos cómo torturan a los turistas capturados? —preguntó Lusia.

Giana aclaró:

—Ellos ignoran que estamos receptando sus pensamientos telepáticos.

—¿Seguro que no saben que les estamos captando? —insistió Lusia.

—Seguro, a menos que capten nuestros propios pensamientos también de forma telepática.

—Mirad, otra escena —señaló Hank Lorren.

Vieron a dos terrícolas desnudos, enfrentados mutuamente.

Jadeaban sudorosos, con los ojos casi desorbitados y enguantadas sus manos con una especie de guanteletes con pequeñas púas. Uno arremetía contra el otro y conseguía alcanzarle con un puñetazo que más semejaba un zarpazo." La sangre brotaba roja u oscura según las venas o las arterias desgarradas.

Se oían los jadeos y las quejas, los gritos y las maldiciones.

Los dos terrícolas volvían a enfrentarse, alcanzándose en los rostros que se desfiguraban más y más a cada golpe o en los muslos y vientre.

—Se van a matar... ¿Cómo es posible que dos terrícolas se maten entre sí de esa forma tan bestial?

—Les habrán obligado a hacerlo, bajo amenazas o drogándolos —puntualizó Neil.

Cuando uno de los contendientes estaba caído, arrodillado, el otro no hacía más que golpearle con las púas de sus guanteletes, lacerándole con heridas que no eran profundas pero sí desgarraban. La sangre salpicaba a su alrededor.

La nariz de uno fue casi arrancada totalmente, quedó colgando a un lado del rostro y un ojo se tiñó de rojo, quedando oculta la pupila.

—¡No me mates, soy tu hermano, no me mates! —suplicó ya sin fuerzas para poder replicar.

El vencedor siguió golpeando con saña inaudita hasta que su víctima se convirtió en un amasijo informe.

Lusia se alejó apresuradamente hacia el cuarto de aseo para vomitar; no pudo resistir más las atroces torturas.

En pantalla apareció uno de aquellos extraños seres que ocultaban su rostro con la visera de cristal oscuro y entregó un fino y duro látigo al vencedor. Este lo tomó en sus manos y preguntó:

—¿Qué hago ahora?

De un techo invisible descendió el cuerpo hermoso de una joven rubia terrícola. Estaba sujeta por los tobillos con unas correas a una barra de acero inoxidable. Pendía cabeza abajo, cabellos, brazos, pero nada podía hacer para liberarse de su postura.

—Azótala, azótala cada vez que suene un campanada.

—¡No, no lo haré!

El vencedor, resuelto, arrojó el látigo al suelo, negándose a obedecer aquella orden. Lo que le imponían ahora era muy diferente a luchar contra un semejante en una pelea bárbara, pero una pelea al fin y al cabo en la que lo mismo se podía matar que morir.

—¡Azótala! —insistió aquel siniestro personaje.

El terrícola se llevó las manos al cráneo que semejó empezar a dolerle de una forma horrible, a juzgar por sus gestos. Era como si se lo hubieran encerrado dentrode un casco de acero que empequeñecía por momentos, amenazando con destruirle los sesos lentamente.

—¡Azótala!

—¡Noooo!

—¡Azótala!

—¡No, basta, basta! —gemía y suplicaba caído de rodillas, casi sin ver a causa del intensísimo dolor que provocaban en su cerebro por algún medio que Neil Faraday y los ocupantes de la March-71 A no alcanzaban a comprender.

Ciego de dolor, el hombre cogió el látigo a tientas. Se levantó, sonó una campanada y restalló el látigo.

—¡Aaaaaagh! —gritó la muchacha.

La cuerda de la que estaba suspendida, giró. Giró también el cuerpo femenino y el siguiente latigazo golpeó en un lugar distinto de su anatomía.

—¡Auxilio, no me azote, no, nooooo!

Todos estaban vivamente impresionados. Anea se marchó también y Giana Monteverdi dejó los controles, cerrando los ojos. Con las manos se tapó los oídos para no oír el ruido de los latigazos ni los gritos de la joven cuyos cabellos rubios se iban tiñendo del rojo de la sangre que escapaba por las heridas causadas por el cortante látigo que abría su piel sonrosada y blanca.

Las campanadas obsesivas a que debía someterse el flagelador se espaciaban en tiempos que se hacían eternos. En realidad se buscaba alargar la muerte de la joven terrícola.

Súbitamente, cambió la escena y apareció un rostro que Neil Faraday reconoció de inmediato.

—Es el comandante Ipsen; debe ser el comandante de la nave *charter*.

El comandante también estaba siendo torturado.

De entre la carne y las uñas de los dedos de sus manos partían unos cables finísimos que se perdían en alguna parte y que le enviaban un intenso dolor que el terrícola trataba de soportar.

—Vosotros, unos seres tan evolucionados, ¿qué conseguís torturándonos tan sádicamente hasta la muerte? —preguntó.

Se escuchó una voz profunda que respondía al angustiado interrogante del comandante Ipsen, pero el rostro del choyenita no aparecía en la pantalla.

—Nosotros evolucionamos sobre nuestro planeta, dejamos de ser simples animales como vosotros, que pretendéis ser entes civilizados.

—¿Y acaso sois vosotros los civilizados? —gruñó el comandante Ipsen.

Debieron enviarle una descarga más intensa, porque se retorció de dolor sin poder escapar de la silla a la que estaba sujeto por brillantes abrazaderas de acero.

—Nosotros limpiamos nuestro planeta de impurezas; construimos en él, pero desgraciadamente, lo barrimos de todo vestigio animal y vegetal. Ahora, todo es artificial aquí. Sólo cuando alguna nave pasa cerca de nuestro canal de succión logramos capturar a seres vivos, a fauna del cosmos, para poder deleitarnos con vosotros.

— ¡Pues podríais deleitaros de otra forma menos bestial, haciendo el amor, por ejemplo!

—¿Amor, qué es el amor? Para nosotros es algo que se pierde en la noche de los tiempos… Evolucionamos en la técnica, en la ciencia, y nuestros pesados cuerpos se transformaron también. La demografía descendió y aprendimos a autocontrolarnos para regular nuestra especie. Como la necesidad crea el órgano, eso es una ley inmutable en todo ser viviente del cosmos, nos transformamos en hermafroditas.

—¿Hermafroditas?

—Sí, nos reproducimos a nosotros mismos, somos bisexuales. Nuestro sistema de control demográfico da las órdenes cuando uno de nosotros debe reproducirse para mantener la especie siempre igual. Así no hay guerras ni hambre.

—¡Pero sí hay sed de sadismo! —gritó el comandante Ipsen.

—No tenemos el placer del sexo como vosotros, no podemos disfrutar del placer del amor. Eso ya estámuerto para nosotros los hermafroditas de Choy. Tampoco tomamos bebidas alcohólicas ni ninguna clase de droga, carecemos de placeres. El tedio y el aburrimiento se apoderan de nosotros y necesitamos estímulos que nos diviertan. Vosotros, como seres primitivos que sois, nos proporcionáis placer con vuestro, dolor, con vuestra sangre derramada, con vuestro sufrimiento, con vuestra muerte.

—Más os hubiera valido no perder vuestra capacidad de amaros por parejas. Ahora no sois seres civilizados, sois bestias repugnantes ansiosas de sadismo para satisfacer instintos atrofiados.

El comandante rugió de dolor. Los choyenitas parecieron no querer oír más insultos de su víctima y le enviaron una dolorosísima radiación que hizo que de las propias uñas brotaran chispas mientras las puntas de los dedos se ennegrecían.

Entonces, Giana, sin poder resistir más, cortó la recepción telepática, oscureciéndose la pantalla.

—Lo siento, no puedo más, no puedo.

—Creo que ha sido más que suficiente para saber lo que hay afuera y qué ha sido de los turistas de la nave *charter*.

—¿Quedará alguien con vida? —preguntó Hank Lorren.

—Lo ignoro, pero si queda alguien con vida, desearía ya estar muerto.

—Debemos intentar salvarles, es nuestra obligación —puntualizó el geminícola Yashon.

—Sí, es nuestra misión, pero es posible que no haya nadie vivo.

—En la pantalla se veía gente viva —objetó Giana.

—Giana, ¿eres capaz de decirnos a todos si lo que hemos recibido es el fruto de unos recuerdos o una visión que tuviera efecto en estos mismos momentos?

—La verdad, no lo sé; puede ser que hayamos captado lo que rememora uno de esos sádicos choyenitas para satisfacerse o quizá lo estuviera presenciando. No tengo medios ni datos para saber si ya ha ocurrido o está ocurriendo. Elchoyenita puede estar viviéndolo intensamente o simplemente recordándolo, ya os lo he dicho. De todas formas, ya no creo que haya remedio para nadie. Ellos son más avanzados que nosotros, nos tienen controlados y con este horrible calor que nos han colocado encima, terminarán obligándonos a salir del huevo.

—Es cierto, el calor aumenta y llegará un momento en que no podremos aguantar más aquí dentro —advirtió Yashon.

—¿Qué haremos entonces, dejarnos atrapar para que nos torturen sádicamente hasta la muerte? —preguntó Hank Lorren. Las terribles visiones habían borrado su habitual sonrisa y sus labios se curvaban con un rictus de profundo desagrado.

—Sabiendo lo que nos espera, no nos dejaremos capturar por los hermafroditas —sentenció Neil Faraday con una determinación que sólo conocían bien Yashon y Hank Lorren.

Este último preguntó:

—¿Cómo podremos impedirlo?

—No lo sé, pero no somos tan primitivos como aseguran los choyenitas; tenemos que demostrárselo, cueste lo que cueste

—Va a ser muy difícil demostrárselo —sentenció Yashon—. Cada vez hace más calor y la refrigeración ha rebasado el tope máximo.

Giana Monteverdi se levantó de su silla. Se acercó a Neil y puso las

palmas de sus manos sobre el pecho desnudo y musculado del hombre.

—Tenías razón, Neil, tenías razón —aceptó.

—¿En qué?

—No debemos dejar de ser un poco animalitos, Si nos tecnificamos totalmente, si lo controlamos todo, hasta el amor, terminaremos convirtiéndonos en hermafroditas como esos seres repugnantes que sólo hallan placer en el sadismo, en la tortura y en la muerte del prójimo. Nuestra civilización todavía está a tiempo de salvarse, evitar ser cada uno de nosotros un sexual orgánico y quedar convertido en hermafrodita. Entonces, el amorhabría muerto, seríamos como caracoles que se reproducen a sí mismos, babosas, eso es lo que son los choyenitas, babosas del cosmos.

—Disculpad, voy a ver cómo está Lusia. Prefiero que me maten a convertirme en un hermafrodita —rezongó Hank Lorren, alejándose.

Cuando Neil Faraday volvió la cabeza, descubrió que Yashon ya se había marchado; Anea debía pensar lo mismo.

Giana, temblándole ligeramente los labios, se alzó de puntillas y buscó la boca masculina. Neil aguardó, dejándose besar. Notó la timidez de aquella entrega, quizá iba a ser la única expresión de amor antes de que la muerte se los llevara a todos,

La rodeó por la cintura con sus brazos y notó el ligero sudor que el intenso calor provocaba en ambos. La estrechó con fuerza y mordió su timidez, devorándola. Ella era totalmente pura en el amor que había dejado a un lado por la ciencia y la técnica en Jas que había destacado, mas ahora se daba cuenta de a lo que conducía dejar a un lado los sentimientos más esenciales del ser humano.

El amor, puro en su más elemental sentido, podía ser la fuerza que impidiera que terrícolas y geminícolas llegaran a convertirse en sádicos hermafroditas, incapaces de amar y sólo capaces de torturar y matar por placer.

—Neil, Neil, enséñame a ser un poco salvaje como tú lo eres en el fondo, enséñame.

—Mi pequeña Giana, verás como tú también descubres que hay cosas muchísimo más importantes que la ciencia y la técnica juntas.

La aprisionó suave pero tan firmemente que comenzó a quitar el aire de su cuerpo. Mas Giana no se sentía angustiada como la muchacha torturada dentro de un cilindro de cristal, sino feliz y ansiosa de continuar entre aquellos brazos que la aprisionaban con amor, sin maldad ni sadismo.

CAPITULOVII

Habían pasado horas en su encierro.

La nave quemaba, ya no se podían tocar sus paredes interiores, se había convertido en un horno. Algunos plásticos se fundían y aquí y allá se producían algunos chisporroteos amenazando cortocircuitos.

Neil Faraday fue a ver a Hank Lorren. Estaba preocupado, pero la sonrisa había vuelto a su rostro.

—¿Cómo va el refrigerador?

—He hecho lo que he podido, pero no creo que aguante mucho más. No hay solución, Neil, nos vamos a cocer como huevos duros. A lo peor, eso también divierte a esos sádicos hermafroditas.

—No vamos a dejar que sacien su sadismo con nosotros.

—¿Cómo lo impedirás, Neil? Pronto ya no podremos aguantar, estamos consumiendo líquidos a marchas forzadas; menos mal que el sistema de recuperación funciona y lo que evaporamos vuelve al depósito. Esto pronto será un infierno, bueno, ya lo es.

Se pasó la mano por los ojos para quitarse el sudor que caía por sus cejas distorsionando la visión e irritándoselos.

—Ve a ponerte el traje de supervivencia espacial.

—Sí, eso nos puede hacer resistir, pero no más de unas pocas horas. Luego se terminará y tendremos que quitárnoslo. La nave será un horno completo, con los trajes sólo aguantaremos unas horas más.

—Es lo que intento, ganar unas horas, pero no digas nada a través de los circuitos internos, podría ser que ellos lo captaran.

—Está bien. Cualquier cosa con tal de acabar con esta infernal situación.

Neil fue en busca de los demás y uno a uno les fue dando la orden de que se vistieran con el traje de supervivencia espacial.

La última en ser avisada fue Giana, que estaba tendida en una litera sudando copiosamente. La bella terrícola rubia miró con amor al hombre que le había abierto los ojos.

—Ponte el traje de supervivencia.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Vamos al cosmos, funciona la nave?

—No, no funciona el sistema motriz.

—¿Entonces?

—Ponte el traje, ya te contaré luego.

—Neil, ¿vamos a morir?

Le cogió la mano que ella le tendía, sonrió alentador y dijo:

—No tenemos el futuro en nuestras manos, nadie lo tiene; nadie sabe si al minuto siguiente va a estar vivo o muerto, siempre puede ocurrir lo imprevisto. Anda, vístete.

El propio Neil Faraday fue en busca de su traje de supervivencia y no tardaron en encontrarse los seis vestidos como si se dispusieran a salir al espacio.

Sus trajes eran pesados, les restaban flexibilidad y ligereza, pero también les protegían. Todos respiraron aliviados al nivelarse la temperatura dentro de los trajes que les aislaban del resto de la nave.

—¿Tocamos algún aparató? —preguntó Yashon.

—No, no toquéis nada absolutamente. He estado meditando más de una hora sobre lo que íbamos a hacer; luego, he preparado varios automáticos. Ahora os pondréis los cinturones de armas y también cogeréis fusiles bipolares. Si hay que morir, será destruyendo.

Todos asintieron con la cabeza. Después de lo que habían visto por la pantalla, había que decidirse y morir matando.

Vestidos con los trajes de supervivencia y armados con los fusiles bipolares, dispuestos para disparar Láser o chorros ultrasónicos según conviniera pero con una potencia y un radio de acción muy superior al de las pistolas que colgaban de sus cintos, se dirigieron hacia la puerta.

Ya en ella, Neil les dijo:

—Dejaré el cierre exterior con la clave «A». De este modo, mientras estemos fuera, los choyenitas no podrán entrar en la nave salvo que destruyeran la puerta. Cualquiera de nosotros puede utilizar la clave «A» para abrir la puerta y entrar, pero deberá dejar la puerta cerrada nuevamente con la misma clave. Si nos tenemos que separar, lo haremos aparejados. Nuestra consigna ahora es: Supervivencia.

—¿Cada pareja cuidará de sí misma? —interrogó Yashon.

—Si tenemos que separarnos para evitar la captura, sí. Nos comunicaremos por el microtransmisor empleando metáforas. ¿Comprendido?

Todos asintieron. Lusia inquirió:

—¿Cómo nos aparejaremos?

—Como se trata de supervivir y no es un problema de técnica, decidid vosotras mismas.

Anea se puso al lado de Yashon y dijo:

—Iré con él si tenemos que separarnos.

—De acuerdo.

—Yo con Hank —concretó Lusia.

—Bien. —Neil miró a Giana y le dijo—: Tenemos que ir juntos. ¿Te parece correcto?

—Sí, mucho —asintió la mujer, sonriéndole.

Se había transformado desde que viera a lo que conducía una evolución total, despiadada y aséptica de la tecnología y la ciencia a través de la pantalla de televisión. Un futuro similar al de los choyenitas no le convenía en absoluto. Había que evolucionar, pero sin abandonar nunca lo que realmente eran: Seres humanos con reacciones instintivas, pero controladas siempre hacia el bien y el amor al prójimo.

—Neil, ¿de verdad hay alguna posibilidad de regresar a la nave?

A la pregunta de Hank Lorren, Neil respondió:

—Yo creo que sí. Por distintos caminos nos dirigiremos a la gran edificación donde suponemos están cautivos los turistas de la nave

charter.

—Hay que tratar de salvar a cuantos se pueda.

—¿Y si no queda ya nadie a quien salvar?

—Entonces, tenemos que destruir. Ha de ser nuestra represalia sádica a esos sádicos choyenitas. No es nuestra forma habitual de actuar, pero frente a unos seres tan despiadados que aplican la tortura y la muerte sólo para complacer sus instintos sádicos al estilo y manera de los primitivos romanos terrícolas con sus circos, hemos de demostrar que también sabemos luchar y replicar. Nos separaremos en parejas como hemos acordado y es posible que no nos volvamos a ver más con vida. Hemos de desearnos suerte y que ninguno de nosotros se deje atrapar. Si eso ocurre, ya sabemos lo que nos espera. Los turistas capturados lo ignoraban, pero nosotros demostraremos a esos choyenitas que no somos tan borregos como ellos pretenden. Han anulado la fuerza motriz de nuestra nave con un sistema desconocido para nosotros, pero no nos han anulado, podemos movernos y luchar. Si alguno de nosotros empieza a sospechar que por una fuerza telepática tratan de dominarlo, que se rebele. Que abra el canal de su microemisor y pida ayuda o empiece a hacer números en su mente. Que recuerde lo que ha visto en la pantalla, pero que no se deje hipnotizar y anular, sería su fin. —Neil Faraday consultó su reloj y dijo—: Vamos.

La escalerilla automática descendió hasta el suelo del extraño y avanzadísimo planeta Choy donde la atmósfera les era propicia, pero ellos vestían sus trajes espaciales de supervivencia por orden de Neil Faraday, que se había trazado un plan que no había revelado por silos choyenitas captaban el pensamiento de sus compañeros de aventura.

Tampoco habrían podido salir de la nave sin el traje. Aquella zona, incluida la nave, se hallaba bajo el influjo de aquel micro-sol, maldito e infernal por su proximidad y sus radiaciones infrarrojas.

El fuselaje de la nave estaba rojo y sólo la refrigeración interior y los paneles aislantes evitaban que el interior también se pusiera rojo, fundiéndose todo lo que contenía.

Los aceros aleados del exterior estaban preparados para resistir altísimas temperaturas por rozamiento o bombardeo de infrarrojos, pero no el interior de la nave.

Caminaron desplazándose por el astródromo. De no llevar los trajes espaciales de supervivencia, se habrían incinerados. El suelo en torno

a la nave habría alcanzado ya los mil grados Celsius; natía orgánico podía resistir allí sin carbonizarse.

Anduvieron separados entre sí unos pasos por si eran atacados a distancia. Se fueron alejando de la zona candente, los grados disminuían. Un árbol, un animal de cualquier clase se habría incendiado y carbonizado; luego, el carbón se habría reducido a cenizas. Era como avanzar por el interior de un horno de alta temperatura. Pasaron los minutos. Se habían alejado más de una milla y media cuando Neil levantó la mano y dijo:

—¡Alto!

—¿Sucede algo? —preguntó Giana.

—Sucederá.

Miró el micro-sol suspendido en el aire sobre la vertical de la March-71A, para calentarla de tal forma que se había convertido en un horno para obligar a salir a los cosmonautas, tal como ya había sucedido.

Los números saltaban en el reloj de cristales líquidos que Neil llevaba en su muñeca.

—¿Has preparado algo, Neil? —le preguntó Hank Lorren.

—Sí, todos al suelo y boca abajo. No miréis hacia arriba, falta muy poco.

Sin saber lo que iba a suceder, obedecieron y se tendieron sobre el duro suelo del astródromo, boca abajo. Allí, el calor era ya soportable.

Permanecieron inmóviles mientras los relojes saltaban los guarismos y se abría una trampilla en la proa de la March-71 A.

Automáticamente se disparó un misil termonuclear.

Se produjo un fuerte zumbido y el misil salió oblicuo hacia el cielo de Choy. Ya en el aire, efectuó una parábola y se dirigió en horizontal hacia el microsol artificial que había convertido la nave en un horno.

Se, produjo el horrísono estallido... La luz se multiplicó miríadas de veces y el micro-sol engordó, convirtiéndose en una bola de fuego gigantesca que después se dispersó a causa de la onda expansiva causada por la explosión termonuclear.

Los cosmonautas, pegados al suelo, sintieron durante breves instantes una oleada de calor que les zarandeó como queriendo arrancarles de donde estaban. Para no salir volando, se agarraron de manos unos a otros y así permanecieron varios minutos hasta que la luz cegadora disminuyó de potencia y también el calor.

Despacio, se sentaron y miraron hacia las naves que seguían donde las habían dejado. El micro-sol artificial había sido desintegrado por el disparo automático retardado preparado por Neil Faraday.

—Ahora se irá enfriando poco a poco —dijo Neil.

—¡El loro! —exclamó Hank Lorren recordando al ave prensora.

—Está en la nevera —dijo Lusia—. Si baja la temperatura se congelará dentro del frigorífico; es un ave ecuatorial.

—No temáis, he dejado la puerta abierta para que entre y salga si le parece; yo también he pensado en «Yuri» —dijo Faraday.

Se puso en pie y tendió su mano a Giana Monteverdi para que se incorporara también.

—¿Por qué no le has disparado antes al micro-sol?

—preguntó Yashon tras observar el buen resultado de la destrucción del micro-sol.

—Porque entonces nos hubieran lanzado algo peor, supongo. Además, no estaba. seguro de los resultados. A partir de este momento nos separaremos por parejas y avanzaremos hacia el gran palacio. Todos habéis visto las fotografías que nos envió nuestro satélite artificial, de modo que tenéis informes de cómo llegar. Dentro de diez horas exactas, todos nos encontraremos en la March-71 A, si es que no la han destruido los choyenitas.

—¿Y si alguien no llega? —preguntó Hank Lorren.

—Si alguien no llega a la nave dentro de diez horas justas, se dará por muerto. Sea quien fuere el que falte, no se esperará a nadie, y los que lleguen intentarán poner la nave en marcha para abandonar este planeta.

—¿Funcionará la nave? —inquirió Yashon con cierta incredulidad.

-No lo puedo decir ahora, pero trataremos de que funcione. Sólo

atacando directamente a los choyenitas lograremos anular el control que ahora ejercen sobre nuestra nave. ¿Comprendido?

—Mira, Neil, ahí viene uno de sus vehículos. ¿Comprenderán ellos?

—Les enseñaremos a comprender.

Con fría resolución, Neil Faraday levantó el fusil ambivalente y disparó un chorro del rayo de la muerte.

El Láser demostró su efectividad y el vehículo de los choyenitas se incendió, convirtiéndose en una bola de fuego que luego estalló, fragmentándose en partículas irreconocibles.

Todos se quedaron mirando a Neil Faraday y comprendieron cuál era su postura. Ya no cabía duda alguna y prepararon sus respectivas armas para disparar a la más mínima provocación.

La guerra entre las civilizaciones estaba declarada.

CAPITULOVIII

Se hallaban al borde del área del astródromo, las naves estaban lejos. Había llegado el momento de separarse por parejas para hacer una incursión de castigo y salvamento, si es que quedaba alguien de los cautivos sin torturar.

—Recordad, dentro de diez horas, es decir —miró su reloj—, dentro de nueve horas y quince minutos, nos reuniremos en la nave. No gastéis el aire comprimido que lleváis a la espalda salvo que sea imprescindible. Respirad el aire ambiental. Tampoco uséis el retro-cohete a menos que sea cuestión de vida o muerte. La duración de los cohetes impulsores que llevamos cada uno de nosotros es limitada, alcanza unas cincuenta millas. Si los empleamos indiscriminadamente, en el momento necesario no podremos recurrir a ellos. Tampoco es conveniente que los choyenitas sepan que podemos utilizarlos.

—Neil, dinos por qué debemos tomar estas precauciones accesorias.

Neil no podía mentir a Yashon y explicó: —El misil que se ha disparado automáticamente no es el único que he dejado preparado. Si hay más explosiones termonucleares, os hará falta respirar otro aire que no sea el ambiental. ¿De acuerdo?

Todos comprendieron; ahora sabían que en un momentodadotodo podía terminar con una gran destrucción. Tal como había dicho Neil Faraday, si había que morir sería luchando.

Se separaron abriéndose en abanico.

Neil anduvo junto a Giana Monteverdi. La fantástica ciudad de edificios de arquitectura desafiante, de muros marmóreos o de brillantes aceros y cristales, se extendía ante ellos hermosa en su frialdad. No se veía a nadie.

Neil y Giana avanzaron por una de aquellas pistas que se elevaban en forma prodigiosa, desafiando a la gravedad, sin que, al parecer, ningún soporte las sostuviera en alto.

Mientras caminaban y los minutos transcurrían, Giana comentó:

—Podíamos haber tomado el reacóptero.

—Sólo tenemos uno; hubiéramos debido viajar todos en él y así habríamos sido más fácil presa de los choyenitas. Además, lo he

desestimado por la facilidad que esos sujetos tienen para controlar nuestras naves. En un momento dado, podían detenerlo. No, es mejor ir a pie y para emergencias llevar cada uno a la espalda un cohete impulsor independiente que nos pueda regresar a la nave volando.

—Ellos, que utilizan vehículos, nos verán como muy lentos.

—Sí, eso puede hacerles confiarse.

—Después de haberles destruido un vehículo con algunos de ellos dentro, no creo que se confíen en adelante —opinó Giana, tratando de mantener el mismo paso que Neil mientras ascendían y descendían, elevándose por encima de los edificios por aquella pista elevada—. ¿Dónde se esconderán? Todo parece desierto...

—Mira, ahí vienen otra vez.

Neil Faraday señaló hacia lo más alto de la pista elevada, sin barandas a los lados, y que en aquellos momentos les hacía estar a una altura equivalente a veinte pisos.

—¡Giana, emplea tu fusil?

—¿Yo?

—¡Sí, empléalo contra ellos!

—Es que yo no he disparado nunca contra nadie... —balbució la mujer.

—Todos los cosmonautas hacen práctica de tiro, tú has de saber manejar un fusil de esta clase.

—Sí, sé emplearlo.

—¡Pues aprisa, que se acercan!

Giana apuntó hacia el vehículo que descendía aprisa por la pista elevada; mas, no se atrevió a disparar, su pulso tembló. Neil la miró de reojo a través del cristal de su casco y tomó la decisión de utilizar su propio fusil disparándolocontra el vehículochoyenita.

El vehículo corrió la misma suerte que el anterior.

Se convirtió en una bola de fuego y luego estalló, fragmentándose en partículas que salieron volando a derecha e izquierda de la pista elevada que cruzaba parte de la ciudad, pues terminaba en la cúspide

de una elevadísima torre. Del otro lado de la misma partía una nueva pista elevada que en medio círculo se dirigía a otro punto de la macrópoli.

—Lo siento, Neil, no he podido —se excusó Giana.

—No te preocupes, ya tendrás otra ocasión. Estamos en una guerra sin cuartel con los choyenitas; si nos capturan sabes lo que nos espera, ellos quieren capturarnos vivos. Muertos no les servimos para nada. Están sedientos de placer y como el placer no pueden hallarlo en el amor y supongo que tampoco en el arte, sólo lo encuentran en el sadismo, como los terrícolas que tienen frustraciones y se convierten en sádicos psicópatas, aunque, aparentemente, parezcan buenas personas que rechazan el escándalo del sexo. Cuando gozan de impunidad porque nadie les puede ver ni denunciar, los que rechazan el amor se convierten en sádicos asesinos como esos choyenitas que si nos capturan vivos se van a divertir torturándonos. No hay que dejar que se acerquen. La próxima vez, dispara; si te capturan, te arrepentirás de no haber disparado.

—¡Mira, Neil, allá abajo!

Giana señaló por entre las extrañas edificaciones que en nada se parecían a las terrícolas o a las del planeta

Gem. Era un mundo extraño surgido de una tecnología que terrícolas y geminícolas no podían comprender aún porque no habían llegado a una evolución semejante.

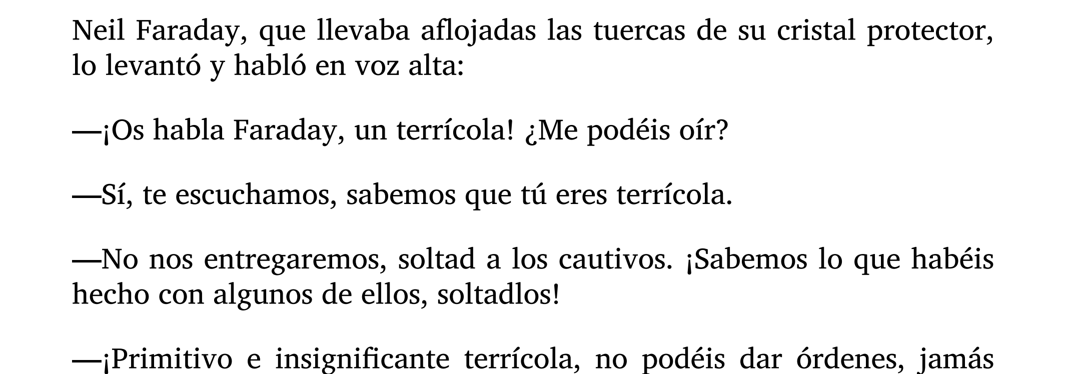
Hubo fuego y explosión. Neil opinó:

—Habrán sido Yashon o Hank; han disparado contra uno de esos vehículos choyenitas como hemos hecho nosotros.

—¿No nos dispararán?

—Hasta ahora no lo han hecho, quieren capturarnos vivos, pero ignoramos de qué sistema disponen para conseguirlo. Ya has visto que pueden lanzar un micro-sol para hacernos salir de la nave a fuerza de tostarnos; quién sabe lo que intentarán hacer ahora.

—¡Terrícolas, geminícolas! —interpeló una voz potente y grave que se expandió por encima de la macrópoli para ser oída—. ¡Arrojad vuestras armas y entregaos, no podéis escapar, sois insignificantes, primitivos! ¡Arrojad vuestras armas y despojaos de vuestros trajes!



Neil Faraday, que llevaba aflojadas las tuercas de su cristal protector, lo levantó y habló en voz alta:

—¡Os habla Faraday, un terrícola! ¿Me podéis oír?

—Sí, te escuchamos, sabemos que tú eres terrícola.

—No nos entregaremos, soltad a los cautivos. ¡Sabemos lo que habéis hecho con algunos de ellos, soltadlos!

—¡Primitivo e insignificante terrícola, no podéis dar órdenes, jamás lograréis salir de este planeta!

—¿Cómo sujetáis nuestra nave?

Se produjo una carcajada que se extendió por encima de la macrópolis.

Giana tuvo la sensación de insignificancia ante aquel ser que les hablaba desde algún lugar desconocido.

—¡Controlamos vuestra nave con el poder de nuestros cerebros!

—¡No nos rendiremos jamás, lucharemos hasta la muerte! —advirtió Neil Faraday.

—¡Será inútil, os capturaremos, no podréis evitarlo!

El que les había hablado, volvió a reírse.

—Malditos, es lo que suponía…

—¿A qué te refieres, Neil?

—Nos oyen; si hablamos como ahora mismo, nos oyen.

—Sí, pero no podemos evitarlo, son unos telépatas evolucionados. Manejan la telepatía como nosotros la comunicación oral.

—Y no sólo eso, sino también la telequinesia. Pueden mover cosas o aparatos a gran distancia con su poder mental.

—Pero su poder mental será limitado.

—Si así no fuera, nosotros seríamos llevados por ese poder a su presencia, pero basta que actúen sobre algunos contactos de los motores de nuestra nave para que no funcione o actúen en nuestras

computadoras para que la nave navegue en la dirección que ellos desean.

—Pero ¿cómo hicieron tomar suelo a nuestra nave?

—No lo sé. Quizá el subsuelo del astródromo posea algún sistema de atracción especial; eso puede realizarse mediante un flujo magnético muy poderoso que frena una caída. Disminuyendo el poder de ese flujo magnético, la nave atrapada desciende lentamente hasta posarse.

—Muy bien, terrícola, lo has acertado. El astródromo tiene influjo magnético, un flujo magnético negativo, como un electroimán a la inversa, no importa que lo sepáis. Entregaos y todo será más fácil.

— ¡Esta es nuestra respuesta, malditos!

Neil apuntó a un elevado edificio con su fusil y disparó un chorro de ultrasónico.

El edificio comenzó a tambalearse, saltaron cascotes y la parte alta del mismo se truncó con gran estrépito. Semejó un rugido de rabia.

Neil Faraday se dijo que a los choyenitas no les gustaría aquella demostración bélica de rebeldía; no podía gustarles que les destruyeran sus vehículos con seres dentro, sus edificios.

—¿Crees que conseguiremos algo, Neil?

—No lo sé, pero quedándonos dentro de la nave no hubiéramos conseguido más que abrasarnos.

Siguieron avanzando hasta llegar a la gran torre queservía de punto de unión y soporte de las pistas elevadas que subían y bajaban sobre aquella alucinante macrópolis blanca y brillante, casi fulgurante, que semejaba desierta. Sólo de vez en cuando veían algún vehículo de aspecto policial y entonces, los terrícolas y geminícolas le disparaban, destruyéndolo sin que los choyenitas parecieran afectados.

—¿Si pudiéramos encontrar un vehículo para nosotros? —gruñó Neil Faraday.

—No hay ninguno a la vista; da la impresión de que esta ciudad fue levantada para unas gentes que ya no existen.

—Será que ya quedan pocos de estos malditos hermafroditas.

—Sí, eso debe ser. —Giana señaló una de las pistas descendentes y

preguntó—; ¿Vamos por ella?

—Sí, ¿por qué no? Parece que en los espacios abiertos estamos más a salvo, nos quieren vivos.

—¿Serán capaces de sufrir un montón de bajas con tal de cazarnos vivos para podernos torturar?

—Eso parece, Giana. Puede que en algún área nos disparen un narcotizante, se abra una trampa bajo nuestros pies o lancen una red sobre nuestras cabezas. Para ellos, pese a nuestras armas, somos como animales primitivos a los que hay que cazar para luego divertirse.

—Es horrible la crueldad de esos seres.

—Si han evolucionado tanto y han llegado a un control tan exhaustivo de su demografía y tecnología, no creo que lográramos hacerles razonar, se creen superiores. Su único vicio es torturar a seres que ellos consideran inferiores, pero no les daremos ese gusto. Sigamos por la pista, llegaremos a nuestro objetivo a cielo abierto.

Continuaron avanzando por aquella pista aérea sin barandas, suspendida en el aire como si el extraño planeta careciera de gravedad.

CAPITULOIX

Tal como Neil Faraday pidiera, no utilizaban el micro-transmisor a menos que fuera indispensable, lo mismo que el aire de supervivencia o los cohetes impulsores que les podían elevar por el aire y lanzarlos a una distancia máxima de unas cincuenta millas. El cohete era pequeño, pero efectivo para situaciones de emergencia.

Hank Lorren y Lusia se veían muy bien, ambos reían por nada, se sentían alegres pese a la difícil situación que vivían. De cuando en cuando, se cogían de las manos. No habían hallado problemas a su paso. Sí habían oído explosiones y a lo lejos, en lo alto de uña de las pistas aéreas, vieron incendiarse y estallar a un vehículo de los choyenitas. Habían oído otras explosiones y supuesto que los disparos habían sido hechos por el frío Yashon y su pareja.

—Me gustaría hallar a unos cuantos turistas que aún no hayan sido capturados —le dijo Hank Lorren.

—Es posible que los encontremos en el lugar que ha dicho Neil. Esta ciudad es fantástica y a la vez fantasmal, está desierta, no se ve a nadie. ¿Dónde se esconderán los hermafroditas?

—No lo sé. Es posible que, pese a lo que dicen, sean una especie venida a menos físicamente, sin posibilidad de recuperarse.

—A lo peor, poseer los dos sexos y reproducirse a sí mismos, como los caracoles, no es tan ventajoso aquí.

—Puedeque terminemos por enterarnos de ese yotros misterios de este lugar, ignorado por nosotros hasta ahora.

—¡Mira, Hank, mira allá!

De pronto, por el centro de la amplia calzada, apareció una especie de cilindro de fuego blanco que tocaba las dos fachadas de la calle, iba de un lado a otro, y rodaba hacia ellos rápidamente, con la intención de alcanzarles.

—¡Hemos de escapar, esos tipos siempre nos mandan fuego, parece que les gusta mucho jugar con fuego!

—¿Cómo huiremos, Hank? Viene muy aprisa y con estos trajes no podemos correr.

—Pues, atrás, atrás, entra por esa puerta —apremió Hank Lorren, señalando una gran puerta, por la que se introdujeron.

Más aquello era una trampa en la que acababan de caer sin darse cuenta. Los choyenitas habían previsto su miedo al fuego y que terminarían refugiándose en un edificio, y así había sido.

La reacción instintiva por escapar del fuego no les había dejado reaccionar con frialdad y se habían introducido en el portalón del edificio donde un grupo de extraños seres les aguardaba.

Hank Lorren quiso reaccionar revolviéndose con sus armas, mas no pudo dispararlas, se las arrancaron mientras le sujetaban entre cuatro. Él traje espacial les daba una lentitud y una torpeza que les ponía prácticamente en manos de sus atacantes.

Tanto Hank Lorren con Lusia fueron sujetados por los diez seres del casco brillante y la visera de cristal oscuro protegiendo sus rostros.

—¡Hank, pide socorro! —gritó la mujer. —¡No puedo, me tienen sujeto, no puedo! Sacaronunas abrazaderas que eran comoesposas, pero más anchas, y sujetaron las manos de ambos a sus respectivas espaldas.

—¡Hank, se nos van a llevar, tenemos que escapar!

—gritaba Lusia.

—Si pudiéramos avisar…

Hank Lorren comenzó a desesperar; seguía metido dentro de su traje espacial y aquellos seres que les habían atacado en buen número les sujetaban fuertemente. Por el centro de la calle por donde apareciera y desapareciera el cilindro de fuego blanco que tanto les había sorprendido, llegó uno de los vehículos del planeta, más ancho que el que arribara al astródromo.

Se detuvo ante ellos y les obligaron a subir. El vehículo era grande, mas aquella captura no había pasado desapercibida.

El dardo fino del Láser alcanzó a uno de aquellos seres, que sintió quemadas sus piernas y cayó al suelo. El Láser, enviado desde lo alto de una pista aérea, alcanzó a otro, incinerándolo.

El que disparaba no era otro que Neil Faraday, que demostró poseer una gran vista y puntería, mas no pudo disparar también sobre el

vehículo, que salió huyendo, porque si lo hacía, mataría a Lusia y a Hank Lorren, que habían sido capturados.

El vehículo desapareció de la vista de Neil y Giana, los cuales, cogiéndose de la mano, hicieron uso de los cohetes impulsores. Pero el vehículo se había perdido entre los altos y espectaculares edificios…

—¡Vamos abajo!

Neil Faraday y Giana descendieron sobre el lugar de la captura. Uno de aquellos seres había quedado medio reducido a cenizas; el otro, sólo había sido destruido en sus piernas, pero no se movía.

Detuvieron los cohetes impulsores, cuyo combustible sólo se debía haber gastado en una pequeña parte y soltándose de las manos, se acercaron al caído.

—¿Vivirá? —preguntó Giana.

—Parece demasiado quieto —objetó Neil, inclinándose sobre el choyenita.

Con su mano enguantada, le alzó el cristal que le protegía el rostro que aún no habían podido ver.

—¡Por las lunas de Júpiter! —exclamó espontáneamente.

—¡Son robotoides, Neil!

—Lo que no habíamos previsto… Esos hermafroditas no dan la cara, porque lo cierto es que tampoco les vimos en la pantalla de televisión.

—¿Dónde estarán, pues?

—Lo ignoro, como tú. Ellos se sirven de estos robotoides que, por lo visto, fabrican en cantidad.

—Y si hay peligro, el riesgo lo corren los robotoides.

—Así es. Ahora comprendo por qué no se molestaban demasiado cuando destruíamos uno de los vehículos con tipos de éstos dentro. Para ellos son servidores electrónicos, robotoides que pueden ser repuestos por una cadena de fabricación que quizá se halle instalada en el subsuelo de esta fantástica macrópoli.

—¿Cómo serán, entonces, los hermafroditas?

—No lo sé; posiblemente muy parecidos a los robotoides. Ya lo averiguaremos, hemos de encontrar el lugar adonde se han llevado a Lusia y a Hank.

—¡No los encontraréis nunca, terrícolas, nunca! —volvió a reírse la voz del choyenita que les había hablado antes, como si les captara, estuvieran donde estuvieran.

—No podemos hablar sin que nos capten —se quejó Giana, mirando en derredor, tratando de descubrir algo sospechoso contra lo que poder disparar su arma.

—Es posible que tengan telecámaras o telemicrófonos, no sé. A lo peor nos están controlando mediante una pantalla. De todos modos, les servirá de poco.

Alzando su fusil, Neil disparó contra un edificio primero y luego sobre otro, de forma que produjo una grandestrucción.

Los edificios se desplomaban en medio de un gran estruendo y una terrible polvareda.

— ¡Vamos, Giana, corre, eso les confundirá!

Giana comprendió y disparó a su vez a otros edificios. Neil, a distancia, disparó contra la torre que unía las pistas aéreas. La torre, alcanzada por el disparo ultrasónico y superpotente, se derrumbó tras saltar cascotes y se vino abajo espectacularmente.

Las pistas aéreas, perdido su punto de apoyo, se vinieron abajo, cayendo a su vez otros edificios que tambien se derrumbaron. La destrucción en la ciudad estaba siendo grande.

—¡Yashon, Yashon, si cae un edificio pueden caer dos…!

—¡Comprendido! —respondió la voz del geminícola a través del microemisor.

Hubo nuevos disparos, ahora efectuados por parte de la pareja geminícola y otros tantos edificios se derrumbaron.

El caos había llegado a la macrópoli en la que sólo parecían habitar los robotoides que enviados por los hermafroditas, trataban de capturarles.

Neil Faraday confiaba que el caos producido con la destrucción de los

edificios y construcciones de la macrópoli de Choy, el planeta de los hermafroditas, rompería el control que aquellos seres ejercían sobre ellos. Si había telecámaras o telemicros, se destruirían y perderían el control sobre ellos.

En medio de aquellos derrumbes, de aquel saltar de cascotes, de aquellos aceros que cedían fundidos y que permitían que fantásticas construcciones se vinieran abajo, Neil Faraday sacó de su cinturón un seguidor de señales. Mientras éste parpadeaba en rojo intermitentemente, una especie de aguja señaló una dirección. —¡Vamos, Giana, vamos!

CAPITULOX

Coincidieron frente a una entrada subsolar la pareja de geminícolas y los terrícolas. Se miraron, los cuatro tenían sus armas a punto de ser disparadas.

Habían destruido muchos edificios de la macrópoli y las pistas aéreas que daban una gran belleza a aquella alucinante ciudad, que para ellos resultaba futurista, pues ni la civilización terrícola ni la geminícola habían alcanzado aquel grado tan avanzado de tecnificación.

—Han entrado por aquí —dijo Yashon.

—Sí, eso nos parece a nosotros —asintió Giana.

—Vamos a entrar, pero separémonos unos pasos unos de otros. Podemos ser atacados en cualquier momento.

—¿Y si alguien se queda controlando la salida?

La propuesta de Anea fue desestimada por el propio Yashon.

—Es mejor que entremos todos.

—Sí, mejor los cuatro —corroboró Neil—. No nos vamos a dejar capturar, lucharemos hasta la muerte. Si nos capturan, ya sabemos cuál va a ser el final.

—Sí, la muerte por tortura —dijo Giana, estremeciéndose.

—Un momento, Yashon —le contuvo Neil.

—Di.

—¿Sabes lo que son esos seres del casco de cristal?

—No.

Neil no respondió aún y echaron a andar, adentrándose por el amplio túnel que en plano inclinado se introducía en el subsuelo del planeta donde los choyenitas estaban a salvo.

No les hizo falta encender sus linternas provistas de minipilas nucleares y bombillas halógenas de gran potencia, ya que las paredes y techos desprendían una suave luminosidad.

—¿Querías decirme algo, Neil?

—Sí, Yashon. Lo que hemos destruido no son choyenitas, sino robotoides, muy perfectos, pero robotoides.

—¿Crees que es un planeta de robotoides?

—No. El que nos ha hablado no es un robotoide sino un ser superior y evolucionado que ha construido los robotoides, es el hermafrodita. Debemos encontrarlos estén donde se hallen.

—Los encontraremos.

Siguieron avanzando, dejándose guiar por los detectores que, en realidad, seguían la pista de Hank Lorren y Lusia, pues las radiaciones las emitían sus emisoresautomáticamente.

Debajo de la fantástica macrópoli había un laberinto de túneles que no eran realmente cloacas, pues estaban limpios como la misma ciudad. No había detritos y, por supuesto, ni alimañas ni hedores de clase alguna, nada que pudiera señalar a los túneles como colectores.

—¡Por ahí! —señaló Giana, indicando hacia su derecha.

—¡Cuidado!

Apareció uno de aquellos cilindros rodantes de fuego que los choyenitas utilizaban para atacarles.

—¡Atrás, atrás! —gritó Anea.

—¡No, a la pared! —ordenó Neil Faraday.

Se pegaron contra los muros. El cilindro de fuego blanco se aproximó a ellos con su calor fundente. Lo normal habría sido huir hacia atrás, pero no lo hicieron, obedeciendo la orden de Neil.

El cilindro les rozó y pasó de largo, alejándose. La embestida no había tenido el efecto deseado.

—Nuestros trajes de supervivencia resistes por cierto tiempo el calor —dijo Neil.

—Sí, lo lógico habría sido huir sin pensar que lostrajes nos permiten aguantar cierto tiempo —admitió Yashon.

Ellos no habían caído en la trampa de la que si fueron víctimas Hank

Lorren y su, compañera.

Continuaron adentrándose por los túneles.

En un cruce de los mismos, irrumpieron sobre ellos, súbitamente, un gran número de robotoides cuya misión era atenazarlos, sujetarlos, encadenarlos y llevárselos a las salas de tortura para el placer de los sádicos hermafroditas.

—¡Disparad, disparad!

La orden de Neil Faraday fue cumplida y dispararon en torno suyo aniquilando a los robotoides uno a uno, pese a que saltaban sobre ellos tratando de derribarles y desarmarles.

Los robotoides estallaban. Los transistores y artilugios encerrados en sus cuerpos, de una gran elasticidad, movilidad y fuerza, saltaban incendiados y destruidos. Pero barrían a una docena de ellos y aparecían más, llegaban de todos los túneles que allí confluían.

Yashon y Giana llegaron a ser derribados.

Giana se acostumbró a su fusil y sabiendo ya que sus enemigos no eran seres vivos, disparó sobre las cabezas de los que atacaban a sus compañeros, destruyéndolas con el ultrasónico, haciéndolas estallar como fruta madura pese a los cascos de protección.

Parecía que no iba a terminar nunca el ataque del que eren objeto, pero sí concluyó, porque dejaron de llegar más robotoides para tratar de sujetarlos en una operación que había resultado un fracaso, porque la pareja de terrícolas y la de germinícolas, al alimón, habían sabido luchar para defenderse.

Yashon miró los casi doscientos cuerpos caídos, reventados, destrozados.

—Cuando se termine la potencia de nuestras armas, caeremos en sus manos si nos atacan en gran número —rezongó.

—Robotoides —observó Anea—. Ellos, como máquinas biónicas que son, atacan sin posibilidad de sentir miedo,puesto que no son seres vivos de origen animal. Si se les da una orden, la cumplen sin retroceder, es como enviar máquinas contra un muro de hormigón, se estrellan y no importa cuántos caigan.

—Ese es el problema de luchar contra robotoides —suspiró Neil—,

pero hay que seguir.

—¿A cuántos miembros ascenderá este ejército de robotoides? —preguntó Giana.

—Cualquiera lo sabe —objetó Yashon—. Si poseen una cadena de montaje para la fabricación de robotoides, tendrán los que quieran. Los que hemos destruido sólo ha de ser material para ellos, especializado, pero nada más que material.

Dejaron atrás el montón de robotoides destrozados por el Láser o el ultrasónico. Los cuatro sabían que habían tenido suerte de que los robotoides no fueran armados, pues en la cantidad con que les habían atacado, no hubieran tenido salvación alguna.

Sin embargo, sabían que los choyenitas querían capturarles vivos y para ello no les importaba perder cantidad de robotoides que un sistema de fabricación podía reponer sin problemas al parecer.

—Aguardad —pidió Neil en su avance por los túneles.

Las dos chicas y Yashon se detuvieron, mirándole. Neil miró su microemisor, que lanzaba un pitido suave.

—Nos están llamando.

—¿Serán Hank o Lusia? —preguntó Giana.

—Pronto lo sabremos. —Abrió el canal diciendo—: El comandante Faraday a la escucha, cambio.

—¡Neil, Neil, soy Hank!¿Me oyes? Soy Hank.

—Sí, te oigo.

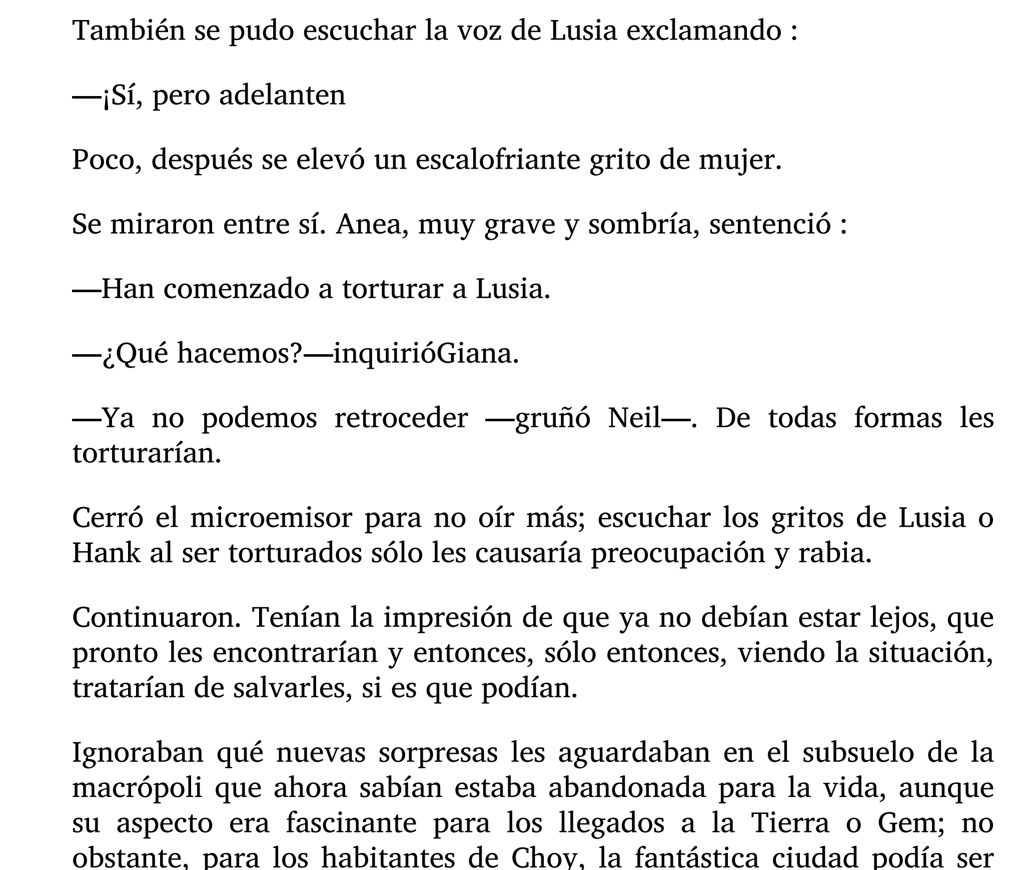
—Lusia y yo estamos capturados.

—Lo sé, Hank —le respondió, siempre en aquella comunicación entre los microemisores que funcionaban lo mismo dentro de los túneles donde las voces se repetían docenas y docenas de veces, hallando un eco alucinante.

—¡No sigáis adelante o nos matarán!

—¿Estáis en peligro, Hank?

—¡Sí! —respondió Hank.



También se pudo escuchar la voz de Lusia exclamando :

—¡Sí, pero adelanten

Poco, después se elevó un escalofriante grito de mujer.

Se miraron entre sí. Anea, muy grave y sombría, sentenció :

—Han comenzado a torturar a Lusia.

—¿Qué hacemos?—inquirióGiana.

—Ya no podemos retroceder —gruñó Neil—. De todas formas les torturarían.

Cerró el microemisor para no oír más; escuchar los gritos de Lusia o Hank al ser torturados sólo les causaría preocupación y rabia.

Continuaron. Tenían la impresión de que ya no debían estar lejos, que pronto les encontrarían y entonces, sólo entonces, viendo la situación, tratarían de salvarles, si es que podían.

Ignoraban qué nuevas sorpresas les aguardaban en el subsuelo de la macrópoli que ahora sabían estaba abandonada para la vida, aunque su aspecto era fascinante para los llegados a la Tierra o Gem; no obstante, para los habitantes de Choy, la fantástica ciudad podía ser ya algo caduco e inservible, reliquia monumental de otros tiempos.

—Hemos llegado al final —exclamó Giana, señalando el túnel cerrado.

—Esto no parece el final del túnel, sino una compuerta.

—Yashon tiene razón —opinó Faraday—. Es una puerta que cierra el túnel, la señal nos indica que están al otro lado.

—Pero ya no podemos pasar, no podemos seguir adelante —objetó Giana, muy nerviosa.

—Hay que intentarlo.

Neil disparó su fusil contra el muro que parecía de piedra. Cuando saltaron unos cascotes comprobaron que detrás de la piedra había metal, una aleación posiblemente desconocida para ellos, que convertía al lugar en inaccesible, como un refugio nuclear.

—¡Nunca conseguiremos pasar!

—Eso está por ver. Vosotras dos dispararéis el ultrasónico al. tiempo que Yashon y yo disparamos el Láser. Hemos de intentar abrir un boquete en ese muro, cueste lo que cueste.

Apuntaron con sus armas y los cuatro al mismo tiempo jalaron los gatillos, vomitando chorros de ultrasónico y Láser sobre el mismo lugar para destrozar su resistencia, si es que ello era factible.

Al otro lado estaban sus compañeros y seguramente la tortura habría comenzado.

Los hermafroditas de Choy no conocían la piedad ni nada que se le pareciera, sólo deseaban gozar de su sadismo, del único placer que parecía quedarles después de haber perdido a lo largo de los milenios de su civilización todo lo que aún conservaban los habitantes de Gem y la Tierra, aunque si seguían el mismo proceso evolutivo que los choyenitas, corrían el riesgo de perderlo también.

CAPITULOXI

La gran compuerta que cerraba el túnel herméticamente, de banda a banda, como si allí terminara el propio túnel, comenzó a rugir, porque, efectivamente, rugía como si se tratara de un ser vivo.

La dilatación y las sacudidas causadas por el Láser y el ultrasónico la hacían rugir. Saltaron pedazos de granito y el acero se fundió. Incluso, pedazos del techo cayeron con riesgo de aplastar a los cuatro heroicos cosmonautas que, al igual que los robotoides, tampoco daban un paso atrás, aunque los robotoides no lo daban porque ellos no tenían la posibilidad de sentir miedo.

La aleación metálica de la puerta se fue poniendo incandescente hasta fundirse. Al fin, el boquete quedó abierto y el suelo lleno de cascotes y metal fundido. De no" ir equipados con los trajes de supervivencia, no habrían podido pasar por aquella abertura en horas.

—¡Adentro! —ordenó Neil, siendo el primero en pasar por el boquete.

Nada más hacerlo, al otro lado cayó una red de malla de acero sobre ellos.

Continuaron disparando sus armas, fundiendo la red metálica que intentaba atraparles, a la vez que aniquilaban a los robotoides que la manejaban.

Pasaron por entre la red que no consiguió detenerles y se encontraron en un vasto recinto, un lugar enorme y amplísimo. Giana preguntó:

—¿Será el interior del edificio de la cúpula?

—Es muy posible —aceptó Neil.

De pronto, el lugar comenzó a iluminarse más y más. La luz se hizo tan intensa como si allí fuera de día. En lo más alto se había encendido una especie de sol. Por lo visto, los seres de Choy conocían bien la técnica de construir soles, esferas y cilindros ígneos que colocaban o hacían rodar cuando les convenía.

—¡Qué horror!

La exclamación de Giana estaba fundamentada. En aquel enorme recinto estaban todos los componentes de la nave *charter* capturada, cada uno de ellos en su lugar de tortura.

—Todos parecen muertos —observó Yashon.

—¡Mirad, allá están Hank y Lusia! —señaló Anea.

Debían cruzar por el centro del vasto recinto, un lugar donde podían ubicarse gigantescos campos deportivos, pero cuyo suelo no era de césped sino de dura piedra, como el astródromo.

Hank y Lusia habían sido colocados en una jaula de gruesos barrotes como dos bestias capturadas. Entonces, más en alto, en un palco, los vieron...

—¡Los choyenitas!

Efectivamente, estaban allí, frente a ellos, mirándoles con una mezcla de curiosidad y suficiencia. Eran seres de elevada estatura y extremada delgadez, una delgadez casi total. Sus rostros eran pequeños, y tan pálidos, que semejaban calaveras. En cambio, sus cráneos eran desproporcionadamente grandes y fosforescían en blanco verdoso, con una luz propia. Era evidente que poseían una gran actividad cerebral y con ella dominaban su sistema. Eran cinco, sólo cinco en el palco.

—Ya no saldréis nunca vivos de aquí —les dijo uno de ellos moviendo su boca minúscula.

Su voz se expandía por todas partes, amplificada por algún sistema desconocido para los terrícolas.

—¡No estamos capturados! —replicó Neil Faraday.

—Debemos admitir que sois tenaces y valientes, perotodo vuestro trabajo para llegar hasta este lugar ha sido inútil, inútil para vosotros.

—¡Hank, Lusia, a la derecha! —ordenó Neil, rápido.

Los dos obedecieron saltando como pequeños animalitos dentro de la jaula.

Neil Faraday disparó su fusil Láser contra un lado de la jaula, de forma que fundió los barrotes. Lusia y Hank se apresuraron a salir saltando, pese a que sus manos estaban sujetas a la espalda por abrazaderas.

—Sois primitivos —puntualizó otro de aquellos cinco seres.

La cabeza de uno de los choyenitas aumentó su fulgor fosforescente,

como empleando gran potencia. Se produjo un estruendo. Se volvieron y vieron cómo otra puerta caía resbalando por la pared, taponando el boquete que ellos habían abierto, casi agotando sus armas.

—Hacía mucho tiempo que no capturábamos a ningún viajero del espacio y nos hemos precipitado con vuestros hermanos de especie —dijo otro de los seres de Choy—. Han sido débiles y han muerto pronto, pero hemos aprendido mucho de ellos. Vosotros seis recibiréis un trato especial, algo más lento.

—¡Nosotros no somos vuestros cautivos! —replicó Neil Faraday, mientras Yashon y Anea liberaban a Hank y a Lusia de sus ataduras.

—Sólo sois cinco, ¿verdad? —inquirió de pronto Giana, guiada por una corazonada.

—Nuestra especie, desde que conseguimos el crecimiento cero, fue disminuyendo. Cuando alcanzamos el hermafrodismo, continuamos descendiendo y llegamos al control de cinco, y es lo mismo para nuestra especie ser cinco que cinco millones.

—Lo importante es perdurar y sucedemos a lo largo de los milenios. Nosotros tenemos la posibilidad de sucedemos cuando uno de nosotros envejece.

—¿Una civilización de cinco únicos seres, no es demasiado poco para un planeta tan grande? —objetó Yashon.

—Es la forma de que no nos falte nada. Nuestros sistemas operan automáticamente como la fabricación de robotoides, como los llamáis vosotros.

—¿Son los robotoides los que hacen todo vuestro trabajo? —preguntó Giana.

Uno de aquellos seres que tanto y tanto se parecían entre sí, pues no había ninguna diferencia apreciable que les identificara de una forma más individual, respondió:

—Sí, ellos llevan las factorías, nos proporcionan los alimentos, construyen o destruyen. Ellos mantienen en funcionamiento las cadenas de montaje que fabrican a sus propios compañeros, es decir, más robotoides.

—Ya no podréis atacarnos más —silabeó Neil, desafiándoles.

Los cinco rieron al unísono, como si interpretaran una macabra y sarcástica canción.

—¡Neil, mira! —exclamó Giana.

En todo el perímetro de aquel vasto recinto fueron apareciendo robotoides como si surgieran de las mismísimas paredes. Estaban al otro lado de los terrícolas y geminícolas torturados en mesas, en cilindros de cristal, encadenados, toda una suerte de torturas que posiblemente habían traído de milenarias videotecas y que no podían practicar mientras no capturaban a nadie que viajara por el cosmos, pasando cerca de su tubo de succión situado en el espacio.

—¿Os dais cuenta, terrícolas, de que no podéis escapar, de que el poder de vuestras armas que creéis muy importante es ridículo comparado con el nuestro?

Lo que más temía Neil Faraday, si es que temía algo, era el poder de las mentes de aquellos seres de grandes cráneos fosforescentes cuyos cerebros podían dar órdenes telepáticamente manejando a millares de robotoides o eran capaces de obstaculizar los sistemas de funcionamiento de una nave espacial.

El poder de aquellos cerebros podía dominarles con relativa facilidad si lo deseaban; eran más de temer que

los cientos de robotoides que les rodeaban con actitud amenazadora.

Era evidente que no importaba que destruyeran a cien o doscientos, los volverían a fabricar. Aquella pérdida no significaba ningún descalabro para los seres de Choy, una civilización hermafrodita altamente evolucionada, pero que se había auto reducido a cinco individuos, convencidos de que la multitud, la masificación, no conducía a nada importante ni interesante, que sólo era un peligro, porque la masificación genera luchas individuales o por grupos.

—¡Nos vamos a marchar! —exclamó Neil Faraday.

—¡No lo conseguiréis nunca, nunca!

Neil Faraday, sin esperar a más, disparó contra el palco donde estaban los cinco único habitantes del planeta.

Yashon le imitó, mas se llevaron la desagradable sorpresa de comprobar que sus rayos Láser rebotaban contra un grueso muro de cristal que había delante de los seres de Choy y que ellos, por la

distancia, no habían descubierto.

Los rayos Láser se dispersaron en multitud de direcciones, como astillándose en vez de hacerlo el cristal.

Cuando dejaron de disparar, el cristal permanecía intacto y mucho más los cinco seres de Choy.

—Salgamos de aquí! —gritó Neil Faraday.

Lusia, mirando en derredor, preguntó:

—¿Cómo?

—¡Giana, Hank, Lusia, disparad contra los robotoides, mantenedlos a raya!

Asintieron al tiempo que disparaban sus armas contra los robotoides que, estrechando el cerco, avanzaban hacia ellos.

Caían y caían, pero otros aparecían tras ellos. Los seres de Choy había optado por hacerles consumir el poder de sus armas; así, luego ya no tendrían defensa alguna.

No querían dañarles en lucha, así podrían disfrutar luego de la tortura que pensaban aplicarles.

—¡Yashon, Anea, disparad hacia el techo al mismo sitio que yo!

Neil apuntó hacia lo alto, disparando, mientras notaba que los seres de Choy trataban de llegar hasta ellos con su poder mental. Pero el fragor de las armas y **los** cascotes saltando, evitaron el control telepático de los hermafroditas.

Cayeron enormes pedazos de cemento, gigantescos cascotes que aplastaban a los robotoides hasta que, cerca del sol que iluminaba la escena, se abrió un agujero y entró la luz del exterior.

—¡Vamos, arriba, arriba! —ordenó Neil Faraday poniendo en marcha el cohete impulsor situado a su espalda.

Los seis cohetes impulsores funcionaron sin problemas, y ante los ojos de los cinco seres de Choy, escaparon de los robotoides.

Los seis ascendieron para llegar al agujero conseguido a fuerza de disparos y desaparecieron a través de la techumbre rota.

Los robotoides no podían sentirse defraudados, porque carecían de sentimientos, pero quedaron a la espera de nuevas órdenes. Los cinco habitantes de Choy seguían en su palco tras el grueso cristal mientras las tres parejas se alejaban volando, impulsadas por los autocohetes, en dirección al astródromo.

Volaron por encima de la macrópoli destruida en parte.

Los seres de Choy tenían la certeza de que no lograrían huir del planeta, pues tenían controlada la nave y aquellos pequeños cohetes les darían un corto radio de acción; no parecían tener prisa.

Los seis llegaron a su nave y descendieron junto a la escalerilla. Neil Faraday subió, empleó la clave, abrió la puerta y penetraron rápidamente en la March-71 A.

—¡Estate quieto, estate quieto, me llamo «Yuri»! —dijo el loro, revoloteando en torno a ellos hasta colocarse sobre la cabeza de Yashon.

—Hank, mételo en la nevera y no os quitéis los trajes, rápido.

Hank estiró su mano y apresó al loro, que protestó, mas no pudo evitar ser introducido en el frigorífico. La temperatura había descendido y Hank objetó:

—¡Lo vamos a matar de frío!

— ¡Haz lo que te he dicho, rápido!

Hank encerró al loro en el frigorífico al tiempo que Neil Faraday, sin decir nada, quitaba unos automáticos. Apretó cinco botones rojos y acto seguido pudieron escuchar unos silbidos alejándose.

Giana, a través del cristal panorámico de la nave, vio las colas fulgurantes de los misiles alejándose en dirección a la macrópolis. De pronto…

Se produjeron cinco explosiones casi simultáneas, todas coincidentes en el mismo lugar de la cúpula del gran edificio que dominaba la macrópoli y por cuyo techo habían escapado gracias a sus cohetes impulsores.

Toda la ciudad se llenó de luz y fuego mientras el suelo del planeta temblaba.

Terminó agrietándose como si fuera sacudido por un violentísimo seísmo. La propia March-71 A sufrió violentos vaivenes y llegó a chocar de lado contra la nave *charter* de turistas, mientras les envolvía la onda térmica que escapó del punto de las explosiones termonucleares de máxima potencia.

El temblor continuó por espacio de varios minutos. Toda la macrópoli se hundió, reduciéndose a polvo. El astródromo se llenó de grietas dentro de las cuales podían caber naves enteras.

La propia March-71 A estuvo a punto de hundirse en una de las grietas y quedó recostada mientras la nave *charter* para turistas se rompía medio hundiéndose y luego estallaba junto a la March-71 A. Era el fin de todo.

Dentro de la nave, sufrían sacudidas, iban de un lado a otro, caían objetos, se producían cortocircuitos y a cada instante parecía que la nave iba a estallar.

El calor aumentó súbitamente en la nave donde todo parecía fundirse. Hasta ellos seis notaron que se ahogaban dentro de sus trajes, como corriendo el riesgo de quemarse. El disparo había sido efectuado a una distancia muy corta, sin que la nave hubiera tomado la precaución de alejarse de la onda expansiva y térmica, del temblor del propio suelo del astródromo que sufría las violencias de un seísmo artificial.

Al fin, todo el cataclismo causado por los disparos de Neil Faraday fue aquietándose y la luz cegadora, disipándose. La temperatura descendió rápidamente.

—¡Yashon, Yashon! ¿Estáis bien?

Hank Lorren fue elprimero en levantarse; después lo hizo Yashon.

—Creo que no tengo nada roto.

— ¡Pues no pierdas tiempo, activa el sistema de climatización!

—De acuerdo, en seguida.

—¡Yashon, revisa todos los paneles de controles!

—¿Podemos ayudar? —preguntó Giana.

—Sí, tomad los soldadores y que los circuitos averiados puedan funcionar sin problemas. Hay que probar si este cacharro funciona.

—Enseguida. Vamos,Anea,Lusia,a trabajar.

Neil Faraday, a través del cristal, miró hacia la macrópoli que hacía poco habían sobrevolado. Todo estaba quieto, arrasado y llano, mas Neil Faraday se preguntaba:

«¿Habrán muerto los cinco hermafroditas o seguirán agazapados como sádicas arañas en el subsuelo de este planeta?»

No lo sabrían hasta poner la nave en marcha; si no funcionaba, es que seguían viviendo. No se veía nadavivo, nada en movimiento, ni uno solo de aquellos malditos robotoides...

Pasaron varias horas. El sistema de clima y atmósfera artificial había sido reparado y se habían despojado de sus trajes.

Hank Lorren abrió el frigorífico y el loro salió aleteando con fuerza.

—¡Me llamo «Yuri», me llamo «Yuri»! —Y volvió a situarse sobre la cabeza de Yashon, que ahora no llevaba el casco puesto.

—Ha llegado el gran momento —dijo Neil, con voz ronca—. Ahora veremos si hemos escapado o seguimos cautivos. En el bombardeo atómico se ha consumido todo el poder termonuclear que poseíamos; ya no nos quedan misiles que disparar.

Tomaron asiento y Neil Faraday les miró uno a uno. Al fin, fue moviendo conmutadores y las luces comenzaron a parpadear. Movió una palanca y la nave tembló ligeramente: El motor se había puesto en marcha.

Movió otro de los aparatos y la nave comenzó a elevarse con toda la fuerza de sus propios motores. Abajo, destrozada, quedaba la nave *charter* medio volcada contra una de las grietas abiertas por el seísmo artificial causado por el bombardeo termonuclear.

La March-71 A se elevó miles de pies y giró sobre sí misma buscando la salida hacia el espacio conocido gracias a los datos que la computadora había acumulado a su llegada.

Pasaron los minutos, las horas, y dejaron de ver el planeta Choy y sus cuatro soles. Se sumergieron en la oscuridad total, una oscuridad sin estrellas, y navegaron durante horas sin saber si conseguirían escapar o no de aquel lugar.

Al fin...

—¡Neil,Neil!—gritóGiana—.¡Lasestrellas!

Se cogió de su cuello abrazándole, llorando de alegría.

Ante las miríadas de estrellas, regresando al cosmos conocido, se besaron, y lo mismo hicieron Lusia y Hank Lorren. Anea y Yashon se cogieron por las yemas de los dedos. Atrás, al otro lado de un agujero siniestro y dentro de una absoluta oscuridad, quedaba el planeta del día eterno.

FIN